MANUEL LINARES RIVAS

La divina palabra

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908





LA DIVINA PALABRA

LA DIVINA PALABRA

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el 7 de Diciembre de 1904

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1908

Para el **Doctor D. Ramón Ezquerra**

en señal de afecto y de agradecimiento de su admirador y amigo,

Manuel Linares Rivas.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANTONINA..................	SRA.	PINO.
MARGOT....................		ROCA.
ANGELES....		ALVERÁ.
AMPARO....................		TORRES.
JOSEFINA..................	SRTA.	COLORADO.
MERCEDES........		PÉREZ DE VARGAS.
AMELIA....................		MORALES.
FRANCISCA........		GARRIGÓ.
MAURICIO..................	SR.	BORRÁS.
DOCTOR SAMPER...........		BALAGUER.
TACEDAL		MORA.
SANDOVAL...		MANRIQUE.
COLMENAR........		GONZÁLVEZ
CRISTÓBAL.................		GONZÁLEZ.
GREGORIO..................		SALA.

Criados

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Decoración: una plazoleta de jardín con grandes árboles. Es de día, por la tarde

ESCENA PRIMERA

DOCTOR, leyendo un periódico. Un Criado acompañando á AMPARO, JOSEFINA y COLMENAR, por derecha

COL. Apreciabilísimo doctor Samper...

DOC. Colmenar... Amparo... Josefina... (*Al Criado.*) Avise usted á las señoras. (*Vase el Criado por la izquierda.*)

COL. Leyendo la sesión del Congreso, ¿eh?

DOC. Nunca. Por mí, aunque cerraran las Cortes á perpetuidad...

AMP. No exagere usted.

COL. Ponte en razón, Amparo.

DOC. Póngase usted en razón.

COL. El Doctor es un escéptico.

DOC. ¿Porque no creo en la eficacia de los debates parlamentarios?

COL. ¿No sabe usted jamás de qué hablan en el Congreso?

DOC. En eso estoy como los mismos oradores, que tampoco suelen saberlo.

JOS. A mí me llevan mucho á las sesiones; pero son tan pesados los políticos...

AMP. ¡Josefina!
COL. ¡Josefinita!
JOS. Menos papá.
COL. Aunque en el fondo sea algo exacto, no debes hacer esa observación, que los maliciosos sospecharán que es nacida de tu cariño de hija.
AMP. (Al Doctor.) Doroteo tiene una oratoria muy pintoresca, ¿verdad?
JOS. Yo me río mucho.
AMP. ¡Josefina!
JOS. Me río algunas veces...
COL. Lo serio, lo trascendental, no puedes comprenderlo aún.
AMP. Habíamos prometido á Angeles una visita...
DOC. Se alegrarán de recibirla. Yo he venido á pasar dos ó tres días con ellas y en seguida vuelvo á Madrid.
COL. ¿Hay gente aquí?
DOC. Para una votación, no.
AMP. ¿Hay alguien?
DOC. Mauricio. Llegó hace una semana de Londres. Dice que de Londres, pero vaya usted á saber.
JOS. Viaja bastante.
DOC. Por lo menos desaparece bastante de nuestra vista.
JOS. ¿Tiene amores con Antonina...?
DOC. Que yo sepa, no: con nadie.
AMP. No nos interesa particularmente, pero como lo hemos oido tanto...
COL. Tanto... y por tan diferentes conductos.
DOC. Tranquilicen ustedes á los noticieros.
AMP. Por nosotros...
DOC. Siempre vale la pena, teniendo una hija soltera y encantadora, de saber que por el mundo hay un hombre soltero, sin novia y con una gran fortuna, como nuestro amigo Mauricio.
COL. Coincidimos, Doctor, coincidimos.
AMP. Lástima que tenga tan mala fama...
JOS. ¿De qué tiene fama, mamá...?
AMP. ¡Acostúmbrate á no preguntar!
DOC. Y así se acostumbrará usted á no entender.

COL. No es manía. Es que ciertas cosas no deben ser explicadas á la juventud.

DOC. Yo empezaría por no aludir á ellas...

COL. ¡Usted siempre tan famoso!

DOC. ¿Tan famoso..? bueno.

AMP. ¿No viene aquí por las tardes Sandoval?

DOC. Sí...

AMP. ¿Es el novio de Antonina?

DOC. No...

AMP. ¿No...?

DOC. No sé...

COL. ¿No sabe...?

DOC. ¡Voy á enterarme!

AMP. (Deteniéndole) No nos interesa.

DOC. ¿Pero á ustedes no les interesa nada de lo que preguntan?

COL. Samper no cree en la curiosidad desinteresada.

AMP. Diga usted, ¿y Margot Tacedal viene también?

DOC. También. Han alquilado una villa inmediata, en este mismo camino de Rentería, y por las tardes se reunen aquí los Tacedal, Mauricio, ese muchacho Sandoval y yo.

COL. (Aparte á Josefina.) A Mauricio gástale bromas con Margot. Déjale comprender que lo sabes.

JOS. ¿Que sé el qué, papá?

COL. Lo que no es menester que sepas, hija.

JOS. Bien, bien...

COL. Diga usted, Samper...

DOC. ¿Digo yo, amigo Colmenar...?

COL. ¿Qué le pareció á usted mi último discurso?

DOC. Muy sensato.

COL. ¿Lo ha leído usted...?

DOC. No...

COL. ¿Y entonces?

DOC. Por lo que á usted le oigo, juzgo cómo será lo que no leo.

COL. Gracias.

AMP. (Aparte á Josefina.) Cuando veas á Mauricio, sorpréndete algo, como si no supieras que está aquí. Las muchachas debéis disimular...

Jos. ¿Pero está aquí Mauricio?
Amp. ¡No seas tonta! ¿A qué vendríamos si no...?
Jos. No te enfades, mamá. Es que ya disimulaba.
Amp. ¡Pero no conmigo!
Jos. Para que veas cómo lo hago...
Amp. ¡Calla!

ESCENA II

DICHOS, ANGELES y MAURICIO por la izquierda

Ang. Cuánto les agradezco esta visita...
Col. Una verdadera satisfacción para nosotros...
Ang. ¿Se quedarán ustedes unos días?
Amp. Imposible. Colmenar no puede perder una sesion.
Maur. Y cuando habla...
Doc. (Aparte á Mauricio.) ¿No la pierde ya...?
Col. Lo ignoro. Tal vez la semana próxima...
Amp. Aprovechamos estas dos fiestas para instalarnos. Colmenar vuelve á Madrid.
Col. Hasta que cierren.
Jos. (A Mauricio.) ¿No sabía que estuviera usted aquí, Mauricio?
Maur. Vengo de Londres.
Jos. Es precioso...
Maur. Sí, precioso.
Jos. ¿Y Margot...?
Maur. (Molestado.) Cómo, ¿y Margot...? ¡Yo qué sé!
Jos. Es una broma. No se enoje usted, Mauricio. Quería darle broma...
Maur. Pues ya me la dió usted.
Col. ¿Y Antonina?
Ang. ¿Quieres avisarla, Mauricio? (Mutis Mauricio por foro.)

ESCENA III

DICHOS, menos MAURICIO

Amp. Qué simpático es...
Ang. ¿Mi sobrino? Sí, es muy bueno.
Doc. Tiene sus debilidades...

ANG. Como todos. Y en cierto terreno, como todos también.

COL. Hay excepciones.

ANG. Usted. Los demás...

DOC. Mauricio es un hombre honradísimo, pero no hubiera sabido ser una mujer honradísima...

ANG. De eso se corrigen con los años.

DOC. Esperémoslo.

AMP. Cuando se case, cambiará. Y si el novio es Mauricio, como dicen...

DOC. Perdone usted, Amparo. Le dicen á usted que no lo es.

AMP. Hay más gente que usted por el mundo...

ANG. No lo es, Amparo. Ni lo será... se conocen demasiado.

AMP. ¿Quién sabe...? Los dos, ricos, jóvenes...

COL. Tienen derecho á la felicidad.

ANG. La juventud lo merece todo... Yo no me opondré cuando llegue el momento, aunque para mí ha de ser un mal golpe: estoy acostumbrada á descansar en ella... Desde que murió mi pobre Antonio, la casa, la administración... todo lo maneja ella.

AMP. Será un hijo más.

DOC. Y un administrador más.

COL. A no ser que se quede en yerno...

ANG. Si no fuera por eso, ¿qué pena ni qué miedo tendrían las madres en el día de la boda?

DOC. Bastaría conque lo tuviesen las hijas.

COL. (Abrazándolo.) ¡Este Doctor es impagable!

DOC. Sí... Esa es la opinión de algunos clientes.

AMP. En la estación, anteanoche, Manolita Bezares, que le está á usted agradecidísima, nos dijo que esperaba el regreso de usted para pedirle su cuenta.

DOC. Se lo dice á todos... menos á mí.

ANG. ¿Vamos á la terraza...?

AMP. Vamos.

(Mutis por izquierda, las señoras.)

COL. Es usted una eminencia científica... ¡Tiene usted el don del acierto!... Y conmigo fué maravilloso: llevaba dos años sin dormir apenas, cansado ya de medicinas, y sólo con

un sello de los que usted me recetó duermo siete horas seguidas. Son de un efecto instantáneo.

DOC. ¿Los tomó usted alguna vez en el Congreso?

COL. ¡No, hombre, no!

DOC. Hace usted mal.

(Mutis los dos por izquierda.)

ESCENA IV

ANTONINA y FRANCISCA por derecha

FRAN. No sabe el bien que nos hace...

ANT. Me alegro. (Con un puñadito de flores en la mano.)

FRAN. Que la Virgen Santísima y Nuestra Señora de los Desamparados se lo aumente.

ANT. Bueno, tía Francisca, bueno. Vaya con Dios.

FRAN. ¡Diez duros!... ¡Si viera la caridad tan grande que hizo!... ¡Cuánto le debemos los pobres!...

ANT. Vete y no digas nada. Como se llegue á saber, reñimos.

FRAN. ¡Ay, Santísima Madre, qué buena es! ¡Hace el bien y no quiere que se diga!

ANT. Márchate.

FRAN. Que Dios le dé mucha salud y mucha vida y muchos hijos y que se le parezcan.

ANT. Déspués de que me case, ¿eh?...

FRAN. ¡Ay, qué señorita ésta! Tan buena como es y aun tiene picardías...

ANT. (A Mauricio, que pasa por foro.) Mauricio...

FRAN. (Marchando por foro.) ¡Don Mauricio! ¡Don Mauricio, que le llaman!...

ESCENA V

ANTONINA y MAURICIO

MAUR. ¿Ya te habrá saqueado esa bruja?

ANT. No hables así del prójimo. Amaos los unos á los otros...

MAUR. Sí, pero no dejaos robar los unos por los otros...

ANT. No seas así.

MAUR. A buscarte iba.

ANT. Estaba en el invernadero, cuidando mis flores.

MAUR. Te lo estimarán.

ANT. A su manera: produciendo brotes más lozanos y de colores más intensos. ¿No te gustan?...

MAUR. Con delirio.

ANT. ¡Qué te han de gustar, si nunca llevas una!

MAUR. ¡Vaya un argumento! Tampoco llevo mujeres..

ANT. En plural no está bien dicho.

MAUR. Tú sabrás por qué... Anoche entré en el Casino con tu madre de un brazo y tú del otro: mujeres llevaba... ¿quién pensaría que fuese mal...?

ANT. Quizás el mismo que nos llevaba...

MAUR. (Muy serio.) ¿Lo crees?...

ANT. ¡No!

MAUR. (Sonriendo.) Hubiera sido muy injusto.

ANT. Anoche llevaste dos: ¿no te opondrás á llevar una hoy?

MAUR. (Ofreciendo el brazo.) Encantado...

ANT. (Colocándole una flor.) No... en el ojal.

MAUR. Ponla. Precisamente yo soy de los que piensan que la admiración humana se distribuye con torpeza, dedicándonos elogios que somos los últimos en merecer. Antes que cualquier hombre, es más agradable una flor y más agradecido un bicho cualquiera.

ANT. Mauricio...

MAUR. Evidentemente, el perro es superior al hombre... pero el gato es superior al perro.

ANT. ¿Por las uñas?

MAUR. Y por emplearlas á tiempo. Entre los racionales y los irracionales, el único razonable es el felino ese. Le acaricias, y si está de buen humor se deja: si le molestas ó le lastimas, te araña. Parece una persona... dicho sea sin ánimo de ofender al gato.

ANT. ¿Te cambiarías?

MAUR. No, porque le reconozco un defecto horrible. Se aficionó á vivir en sociedad, entre

hombres, y para hacer esa vida no vale la pena de transformarse.

ANT. De modo que para tí, el orden de la Creación, debiera ser: primero, flores: después, bichos: después... mujeres.

MAUR. Después, no: al mismo tiempo.

ANT. Eres galante...

MAUR. Con algunas.

ANT. Y yo... ¿En qué grado me colocas?

MAUR. Tú eres Antonina.

ANT. Ya lo sé.

MAUR. Pero no alcanzas lo que es Antonina para mí. Un ángel.

ANT. (Burlona.) ¿Nada más...?

MAUR. (Grave.) Nada más. Y como yo soy un hombre...

ANT. ¿Nada más...?

MAUR. Nada más... Ahí tienes explicado por qué no me atrevo á salvar la distancia que nos separa.

ANT. ¿Ya está explicado...?

MAUR. Además, tú me rechazarías...

ANT. Seguramente.

MAUR. (Con angustia.) ¡Seguramente!

ANT. Casi seguramente.

MAUR. Siendo como yo te juzgo, no puedes aceptarme: y si me aceptases, ya no serías como yo pienso. En cualquiera de los dos casos, resultaría absurdo exponerme á una derrota inevitable.

ANT. ¿Y no podría haber otro caso...?

MAUR. No...

ANT. (Ofendida.) ¿Vienes ó te quedas...?

MAUR. Consagrarse á una mujer, aunque esa mujer se pareciera á tí... me espanta. Tenéis las uñas, pero no tenéis la lógica del gato.

ANT. ¿Tenéis...?

MAUR. Tú también. ¿Cómo iba á negarte ese hechizo?

ANT. ¡Qué adusto eres, Mauricio! Lo más difícil es querer á alguien, y á tí te cuesta más trabajo dejarte querer...

MAUR. Pone mal el cariño quien lo pone en mí... y le desengaño. Es un favor...

ANT. Que hace un efecto desagradable.

MAUR. Como todos los favores.

ANT. Tú has debido tener una desilusión muy grande...

MAUR. Eso me evitaría las futuras. Pero no la tuve: es cuestión de temperamento, de carácter... El Doctor puede que te lo explique científicamente.

ANT. Ya me lo explico yo sola: eres un egoísta.

MAUR. Es posible, pero mi egoísmo ha de tener alguna base orgánica, algún nervio defectuoso... Lo consultaré.

ANT. ¿Buscando disculpas?

MAUR. Disculpas... y explicación. Mientras, seguiré soltero. No es vocación, es penitencia. Yo no he sentido jamás reparos ni escrúpulos tratándose de amores, pero ahora cuando cruza por mí la idea de un solo amor, definitivo y eterno: la idea de ligar, á mi alma recelosa y á mi cuerpo destrozado, una juventud exuberante, un espíritu cándido y una confianza absoluta é inmerecida, me espanto de lo que quiero y me da pena de quien me pueda querer.

ANT. ¿Desconfiar de algo ó de alguien...? No sé lo que es eso, Mauricio.

MAUR. ¡Yo sí, y la obsesión de que llegue un día en que esa persona á quien yo adoro, no me aprecie: de que esa persona, á quien yo pongo al lado de lo divino y muy por encima de todo lo humano, pueda pensar que se le truncó la vida por unirla con la mía, me causa una amargura tan inmensa que sería placer en mí verla casada con otro hombre, sólo por verla ya imposible para mí!

ANT. ¿Estás seguro de que eso es querer bien?

MAUR. Seguro.

ANT. Y realizándose tus deseos, ¿qué iba á ser de tí...?

MAUR. ¿De mí...? ¡No faltará un ama de llaves que me robe y un sobrino que me herede...!

ANT. Lo merecerías.

MAUR. Pues vendrá. No me quita el sueño... Para

vivir, siendo hombre, no se necesita más que salud y dinero. Mientras tenga eso, lo demás estorba; y no teniéndolo, el estorbo es uno mismo.

ANT. Me da tristeza oirte...

MAUR. Y á mí verte.

ANT. Pues adiós.

MAUR. Adiós. (Cuando anduvo algo.) ¿Antonina...? (Cuando ella se vuelve y le mira.) Nada. Marcha... marcha. ¡Ah!... Los de Colmenar están en la terraza con la tía Angeles.

ANT. Has podido decirlo antes.

MAUR. Aun diciéndolo ahora... ¿le encuentras gran interés...?

ANT. Unos amigos...

MAUR. No; una visita. Hay diferencia.

ANT. Tú no vienes...

MAUR. Déjame un instante.

ANT. ¿Vas á meditar...? ¿En lo que has dicho...?

MAUR. En lo que no he dicho todavía.

ANT. Medita, medita. Y cambia de parecer.

MAUR. (Con arranque.) ¡Antonina...!

ANT. (Sonriendo.) Están los señores de Colmenar... perdona. (Mutis Antonina por izquierda.)

ESCENA VI

MAURICIO; luego CRISTOBAL por foro

MAUR. (Después de una pausa.) ¡No, no...! ¡No es lícito sacrificar á quien merece tanto...!

CRIS. Mauricio...

MAUR. ¡Hola, Cristóbal! (Abrazándole.) ¿Cuándo has vuelto?

CRIS. Hace ocho días.

MAUR. ¿Estáis en San Sebastián? ¿Y tu madre?

CRIS. Bien. En la terraza con doña Angeles. A buscarte vengo.

MAUR. Ya sé todos tus triunfos. Eres un general de máquinas y de hierros...

CRIS. Uno de tantos ingenieros.

MAUR. También lo soy yo y desconfío de que se atrevan á encargarme un paso á nivel.

CRIS. Porque no has querido ejercer la carrera.

MAUR. Y tú, ¿te casaste?... Pero, ¿te casarás...? ¿Con alguna alemana?...

CRIS. ¿Me autorizas una pregunta?

MAUR. ¿Entre nosotros?... Lo que tú quieras y con absoluta franqueza.

CRIS. ¿Es verdad que tienes relaciones con Antonina?

MAUR. ¡No!

CRIS. ¿La pretendes?

MAUR. No... ¿Y tu?

CRIS. Sí. Lealmente, con sinceridad.... ¿no piensas en ella?

MAUR. No. Campo libre. ¿Quieres que apadrine tus amores?

CRIS. Gracias. Me basta con saber que no lucho contigo. Ya tengo esperanza.

MAUR. De todas maneras.

CRIS. Por parentesco, por asiduidad, y por tí mismo, personalmente, me llevas ventaja.

MAUR. Tú eres trabajador, de talento práctico. . y sobre todo eres un hombre virtuoso.

CRIS. En el cielo te llevaré ventaja yo, es indudable, pero en la tierra prefiero no luchar contigo.

MAUR. Cásate con Antonina: lo celebraré.

CRIS. Tú eras el obstáculo invencible. Dios me ayudará en el resto... ¿vamos?...

MAUR. No, no, vé tú solo.

CRIS. He venido á buscarte por mandato de doña Angeles.

MAUR. Iré un poco después. No quiero sorprender la primera mirada tuya... ni la de ella. Hasta ahora, querido Cristóbal. (Mutis Cristóbal por izquierda.)

CRIS. Hasta ahora, querido Mauricio.

MAUR. Soy yo mismo quien le empuja, quien le allana el camino para llegar á Antonina... ¡Con un poco más de franqueza sería yo mismo el que le echase las manos al cuello para que no pudiera llegar jamás!...

ESCENA VII

MAURICIO y DOCTOR, por derecha

DOC. ¿Estás hablando solo?...

MAUR. No...

DOC. Quizás fuera un síntoma. ¿Que hay, gran Mauricio?

MAUR. Nada.

DOC. Pues no puede haber más. De la nada hizo Dios el mundo.

MAUR. ¡Y ya ve usted lo que hizo!... Catástrofes, miserias, enfermedades...

DOC. Hola, hola... ¿qué cuerda es esa?

MAUR. Que sufro, Doctor. (Muy grave.)

DOC. ¿Tú?...

MAUR. (Sonriendo, arrèpentido de mostrar su flaqueza y echándolo á broma.) En París he descubierto que soy reumático.

DOC. Eso te distraerá un poco.

MAUR. Noto como un hormigueo en las piernas...

DOC. Es el aburrimiento que sube. No hagas caso.

MAUR. ¿No quiere usted escucharme en serio?

DOC. Entendámonos, Mauricio. Yo no respondo formalmente más que cuando me preguntan con mucha formalidad: si has de encogerte de hombros, no seguir mis consejos y burlarte de mis advertencias, prefiero burlarme yo también y así estamos los dos á tono.

MAUR. Es que ahora tengo miedo.

DOC. ¿De qué?... ¿De morir?...

MAUR. No. De enfermar...

DOC. Esa es la valentía de los cobardes. Cuando el peligro viene, exigen que el peligro pase pronto.

MAUR. ¡Es que yo acepto la muerte!

DOC. Y si no la aceptaras... ¿qué pasaría? Igual... El que admite lo inevitable, no admite nada aún.

MAUR. ¡Tengo miedo, Doctor!... Me parece que en París me engañaron...

DOC. ¿No eres soltero?... Entonces...

MAUR. Por caridad.

DOC. (Grave.) ¿Por caridad, digiste?... Habla.

MAUR. Una noche, saliendo ya de día de una casa, me encontraba fatigado...

DOC. Me lo figuro: sigue.

MAUR. Para alcanzar un coche, que iba algo lejos, quise correr, y apenas dí unos pasos rápidos, me detuve... las piernas, como si fueran de plomo, se negaban á sostenerme.

DOC. Ah...

MAUR. ¿Qué?...

DOC. ¿Duró mucho?

MAUR. Unos minutos. Me consulté; dijeron que era reumático...

DOC. ¿Artritismo?

MAUR. Sí. Pero no me mandaron ninguna de las indicaciones acostumbradas y vulgares para una enfermedad tan conocida.

DOC. Ah...

MAUR. ¿Por qué dice usted ah?... ¿Sospecha usted algo grave?...

DOC. Te mandarían que hicieras vida reposada...

MAUR. ¡Sí!

DOC. Muy tranquila...

MAUR. Sí.

DOC. Y en esto fué en lo que insistieron, más que en medicinas ó en aguas termales..

MAUR. Sí, en eso.

DOC. ¿Y te asustaron?

MAUR. Sí.

DOC. Pues agradécelo. Estás á tiempo de curarte, pero también lo estás para adquirir una dolencia que te postre en un sillón años y años.

MAUR. ¡No!

DOC. Renuncia á esa vida loca y disipada si no quieres que lo más horrible tuyo sea la vida.

MAUR. ¿Pero no es un peligro inminente?...

DOC. No.. Estás muy á tiempo, ya te lo he dicho. Una buena temporada de sosiego y después cásate.

MAUR. Lo haré. El hombre se casa cuando quiere...

Doc. Esa teoría, á la larga, es la que hace los matrimonios con las criadas.

MAUR. Siendo á gusto...

Doc. ¿De la criada?... Siempre.

MAUR. Y en última razón, lo mismo da morir soltero que casado.

Doc. Morir, sí: vivir, no. Encontrarse enfermo y solo no es lo mismo que verse rodeado de cariño y de familia...

MAUR. Cariño y familia tampoco son sinónimos.

Doc. Es verdad. En los que á uno le rodean, puedes encontrar afectos...

MAUR. Y puedes no encontrarlos.

Doc. Es verdad; pero en cambio sé de cierto que no se encuentran jamás viviendo solo.

MAUR. Doctor... (Pausa.)

Doc. ¿Qué quieres?

MAUR. Y si hubiera un hombre que tuviese el convencimiento, ó la preocupación solamente, de estar herido por algo incurable... ¿sería honrado que acudiese en amores á una mujer santa y noble y buena?...

Doc. No.

MAUR. ¡Doctor!

Doc. ¡No! Sabiéndose herido, es felonía.

MAUR. ¡Doctor!...

Doc. Por eso te digo: á curarte, Mauricio, si has de vivir.

MAUR. ¿Y si he de amar?

Doc. A curarte también.

MAUR. (Sombrío.) ¿Y si prefiriese acabar, destrozarme?...

Doc. Yo soy responsable de mis consejos: de tus locuras ya irás respondiendo tú. Chiss... ahí viene Margot, tu ex-amiga...

MAUR. Ex, no.

Doc. ¿Sigue siendo? Peor para tí.

ESCENA VIII

DICHOS: MARGOT por derecha

MARGOT Querido Samper... ¿Y usted, Mauricio?...

Doc. ¿Y su marido de usted, Margot?

MARGOT ¿Tacedal?... Bien. (Buscándole.) Conmigo venía.
DOC. Se habrá caído por ahí en cualquier lado.
MARGOT Seguramente le entretuvo algún insecto.
MAUR. ¿Sigue con sus aficiones de naturalista?
MARGOT Es su amor.
DOC. ¿Y usted?...
MARGOT Soy su mujer.
DOC. Que no es igual...
MARGOT Y me felicito, porque á todos sus amores los tiene clavados con alfileres.
DOC. Están más seguros.
MARGOT Hemos de hablar un ratito...
DOC. ¿Está enfermo el señor Tacedal?
MARGOT El, no.
DOC. ¿Usted... quizás?
MARGOT Sí. Ando malucha.
DOC. Una temporadita de baños, la arreglará á usted.
MARGOT ¿En Biarritz?
DOC. En Biarritz, claro.
MAUR. Y en Setiembre.
MARGOT En Setiembre, ¿verdad?
DOC. Claro. Antes no hay gente.
MARGOT Tendrá usted que decírselo á Tacedal, porque los maridos no se convencen nunca de que la mujer necesita algo, y es capaz de negarme esos baños.
DOC. Se lo diré.
MARGOT ¡Es usted un gran médico!
DOC. Gracias, gracias.
MARGOT Y estará usted agobiado de enfermos...
DOC. De sanos, hija, de sanos.
MARGOT Pero si tuviera usted una hora libre, le estimaría mucho que viese usted á una amiga mía: ¡la pobre está desesperada! Ninguno la acierta, y eso que este invierno la visitaron varios...
DOC. ¿Médicos?
MARGOT ¡Naturalmente!
DOC. ¿Y qué le pasa?
MARGOT Se queja de todo.
DOC. Pues de algo creo que la curaré.
MAUR. ¿Quién es?...

MARGOT Tú la conoces... ¡perdón! Usted la conoce... (*Al Doctor.*) Fué una equivocación...

DOC. Evidente. Pero yo no la he oído.

MARGOT Me permito recomendarle con vivísimo interés á esa pobrecita Matilde Pesquera.

DOC. ¿La señora de Pesquera...?

MAUR. No.

MARGOT ¡Sí, sí...! Es una calumnia de los que dicen que no.

DOC. Buéno, ¿y qué le pasa á esa señora?

MARGOT Para mí es un decaimiento de ánimo. Como hace cuatro meses que rompieron ..

DOC. ¿Qué es lo que rompieron?

MARGOT ¡Doctor!

DOC. Se olvida usted, amiga Margot, que los hemos casado y eso imposibilita la ruptura.

MARGOT ¿Irá usted á verla...?

DOC. Con mucho gusto... pero quizás fuera más práctico que la viese Pesquera.

MARGOT ¡No desatine usted!

DOC. ¿Soy yo el que desatino...? Más vale así ..

ESCENA IX

DICHOS y TACEDAL por la derecha

TAC. Mire usted, mire usted qué preciosidad... Dispensen ustedes que no les dé la mano...

MAUR. ¿Y eso qué es?

MARGOT Una chifladura.

TAC. No siendo bailes ó vestidos... Un ejemplar rarísimo de libélula; lo que el vulgo llama caballito del diablo.

MAUR. Curiosisimo...

TAC. Lo que me sorprende es que tiene dos alas.

DOC. También á mí me sorprendería tenerlas.

TAC. Dos alas más: seis. Lo presentaré á la Academia con un informe.

MARGOT Debes presentarlo, Tacedal.

TAC. Ya ha caído entretenimiento para estudiar este verano. ¿Será una especie más ó sencillamente una variedad...?

DOC. Vaya usted á saber...

TAC. Si fuera una especie nueva... ¡qué honor para mí.... le daría mi nombre...

DOC. ¡Admirable....

MAUR. ¡Admirable!...

TAC. La naturaleza es tan espléndida y tan enormemente variada...

MARGOT (Aparte al Doctor.) Lo de Biarritz...

DOC. (Sonríe á Margot y avanza á Facedal.) Amigo Tacedal, quién sabe si este será el principio de la inmortalidad como naturalista...

TAC. (A Salgado.) No tanto, no tanto... pero es un ejemplar, ¿eh?

DOC. Indudable. Y comprendo que usted se apasione...

TAC. ¿Verdad?

DOC. Verdad. Sin embargo, no le conviene á usted dedicarse excesivamente al estudio. Usted, lo mismo que su mujer, es una persona fuerte en la apariencia, pero débil en el fondo.

TAC. ¿Somos débiles...?

DOC. Mucho.

MARGOT ¡Muchísimo!

TAC. Yo me consideraba robusto y fuerte...

MAUR. En esto, la voz de la ciencia es inapelable y aunque usted se encuentre bien, científicamente se encuentra usted mal.

TAC. Por no contrariarles á ustedes, me quejaré...

DOC. Margot ha de ir á tomar baños.

MARGOT Si usted lo manda...

TAC. Podemos ir á...

DOC. Nada de soledades ni de aislamientos...

TAC. Podemos ir á...

DOC. A Biarritz: perfectamente.

TAC. Aprovecharé el mes de Agosto...

MARGOT No, Setiembre.

TAC. ¿De precisión?

DOC. No le probarían los baños demasiado fríos. El mar, como toda gran masa de agua, tarda en recoger calor y tarda en perderlo. En Julio, y aun á principios de Agosto, conserva el frío del invierno, y en Setiembre guarda todavía el efecto del sol de Agosto...

TAC. ¿Hay algo de complot?

DOC. Los maridos inteligentes no se percatan de estas pequeñas debilidades. Usted es marido y es inteligente...

TAC. Luego iremos á Biarritz...

MAUR. Y á usted mismo, Tacedal, le han de sentar bien.

DOC. En serio; le convendrían á usted. Un temperamento nervioso...

TAC. ¿Yo soy nervioso...?

MAUR. Cuando lo dice el Doctor...

DOC. Y un poco histérico...

TAC. ¿Yo...?

MARGOT Histérico, Tacedal, no te quepa duda.

DOC. Es raro que una persona dedicada á trabajos mentales no lo sea algo. ¿Quiere usted convencerse por sí mismo...? Uno de los estigmas, de las señales más características es la presión dolorosa en el vértice de la cabeza. (Con la yema del dedo gordo aprieta algo en la cabeza.)

TAC. Ay...

DOC. ¿Duele?

MARGOT ¿Lo ves, Tacedal? ¡Histérico!

DOC. ¿Está usted convencido?

TAC. Jamás he notado molestia alguna... ¡Ay!...

DOC. (Sorprendido.) ¿Vuelve á doler...?

TAC. ¡La libélula...! ¡la libélula...! ¡que se ha escapado!

(Mutis Tacedal por la derecha, buscándola.)

DOC. ¡Qué ejemplar tan curioso!...

MAUR ¿La mariposilla esa?...

DOC. No, no: Tacedal.

ESCENA X

DICHOS, menos TACEDAL; SANDOVAL, por derecha

SAN. ¿Qué le pasa á ese buen señor?... ¿Ha perdido la cabeza?

DOC. No, la lleva puesta. Fíjese usted. (Continúan hablando.)

MAUR. Estás muy guapa, Margot...

MARGOT ¿Mucho? Y entonces, ¿por qué huyes de mí?...

MAUR. No sabía que estuviérais en San Sebastián...

MARGOT Mentira.

MAUR. Verdad.

MARGOT Bueno, pues ahora ya lo sabes. ¿Te aguardo mañana?...

SAN. (Que se acercó algo, para saludarla.) Encantadora Margot...

DOC. (Alto.) ¡Encantadora Margot!... Eso está diciendo el señor Sandoval.

MARGOT (Afectuosa y que no se había enterado de Sandoval.) Amigo Sandoval... ¿Se descansó de nuestra partida de ayer?...

SAN Vengo dispuesto al desquite. Antonina me dijo que hoy tendría el honor de ser su compañero de usted...

MARGOT Qué lástima no haberlo sabido... porque ya comprometí á Mauricio.

DOC. Ya lo comprometió...

MAUR ¿Para qué?...

DOC. Para el *tennis*, hombre.

MAUR. Ah...

DOC. No tienes memoria ninguna...

MARGOT Es el poco gusto en jugar conmigo...

MAUR. No diga usted eso, Margot...

MARGOT Y otra tarde, nosotros, ¿eh?...

SAN. Bien, bien... jugaré con Antonina.

ESCENA XI

DICHOS; TACEDAL, por derecha

TAC. Aquí la traigo otra vez.

MAUR. Es una felicidad...

TAC. Una libélula maravillosa... Tiene dos alas más.

DOC. ¿Ocho?

TAC Seis.

DOC. Seis ya las tenía cuando se escapó...

TAC. Dame un alfiler... Déjalo .. yo lo pediré... (Mutis por izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS, menos TACEDAL; ANTONINA, por izquierda

MARGOT Antonina... (Se abrazan.)
MAUR (Al Doctor.) Qué cariñosas son las mujeres...
DOC. ¿Qué quieres que sean, habiendo gente?..,
MAUR. Menos expresivas.
ANT. ¿Y usted, Sandoval?...
SAN. Tendré hoy el honor otra vez de jugar con usted...
ANT. No. Hoy va usted con Margot...
SAN. No puede ser: tiene ya compañero.
ANT. ¿Quién?
MARGOT Mauricio. ¿No es eso, Mauricio?..
DOC. No se preocupe usted, Sandoval. Jugaremos usted y yo á otra cosa cualquiera. Al tute...
SAN. No sé ningún juego de cartas...
DOC. Pues, al dominó...
SAN. No sé...
DOC. Bueno, pues jugaremos á ver como juegan.
SAN. Bueno, sí señor. Qué atracción tiene esta Margot para los hombres...
DOC. Para mí, bien poca...
SAN Dicen que es muy amable...
DOC. Y tienen razón.
SAN. ¿Todos los que lo dicen?
DOC. Hombre, todos, no... pero algunos, sí

ESCENA XIII

DICHOS; ANGELES, AMPARO, JOSEFINA, TACEDAL, COLMENAR y CRISTÓBAL por izquierda

ANG. ¿No empiezan ustedes esa partida?...
MARGOT Colmenar, ¿deja usted á Josefina que venga mañana á almorzar conmigo?
COL. Encantado...
MARGOT Venga usted mañana también, Mauricio...
AMP. (Aparte.) Dositeo, esa amistad es perjudicial. No consiento que vaya la niña...

COL. ¡Amparo... Amparito!... (Rabiando.)
AMP. ¡No lo consiento, Colmenar!
COL. ¿No te acuerdas de que su marido tiene doscientos treinta y siete votos en el distrito?...
ANG. ¿Doscientos treinta y siete?
COL. Si no vengo diputado no podré ser director, quizás subsecretario, quizás ministro. .
AMP. ¿Quizás ministro?... ¡Perdona, Colmenar!... (Yendo á Margot.) Mi querida Margot, ¿á qué hora enviamos á Josefina?...
MARGOT Yo mandaré el coche a las doce...
AMP. Puntual, ¿eh?... Porque á la chiquilla le enamora su casa de usted y para nosotros es muy grato saberlo en tan buena compañía...
TAC. (A Colmenar.) Tal vez le ocurra á usted lo mismo que á mí. Yo tampoco habia notado síntoma alguno y sin embargo soy un histérico. Usted puede serlo sin sospecharlo... ¿Me permite usted?... ¿Duele?...
COL. No...
TAC. Haga usted el favor de apretarme á mí... más atrás... en el vértice... ¡Ay!... ¡Lo soy, amigo mío, lo soy!...
ANG. ¿Y esa partida?...
MARGOT Cuando ustedes quieran.
ANT. Pues vamos. (Van saliendo todos por el foro.)
MARGOT Aun no me respondió usted, Mauricio, á mi invitación... Para hacerla más grata convidé á Josefina.
MAUR. Me pareció que inclinándome ya respondía agradecido.
MARGOT (Ansiosa.) ¿Por qué no has ido á verme?
MAUR. No pude.
MARGOT ¡No mientas!
MAUR. He llegado...
MARGOT Hace cuatro días, ya lo sé... ¿Por qué no fuiste?
MAUR. Realmente es que no me encuentro bien de salud.
MARGOT ¡Disculpas, no! Si no me quieres, déjame, que yo no he de insistir para molestarte: si me quieres, demuéstralo... pero queriendo ó no, lo obligado es decírmelo.
MAUR. (Frío.) Sí te quiero, mujer...

MARGOT ¡De veras!
MAUR. De veras...
MARGOT ¿Como siempre?
MAUR. Y más.
MARGOT (Amorosa.) Yo no he podido olvidarte un solo minuto...
MAUR. Ni yo.

ESCENA XIV

DICHOS y ANTONINA, por el foro

ANT. (Secamente.) ¡Mauricio!...
MAUR. Antonina...
MARGOT Le decía á Mauricio que...
ANT. No te pregunto nada, Margot.
MARGOT Es que yo debo decírtelo, porque no se trata de ningún secreto...
ANT. ¿Vas á quitarle interés á lo que cuentes?...
MARGOT No.
ANT. Pues cuenta, cuenta: lo oiré con gusto dos veces.
MAUR. ¡Antonina!...
ANT (Sonriendo.) ¿Qué, Mauricio?
MAUR. Vamos...
MARGOT Le refería una conversación que sorprendí anoche en el Casino...
ANT. ¿En el Casino?... (Cogiéndola el brazo.) Cuenta, cuenta... cuéntamelo Margot...
(Mutis los tres por el foro.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Una sala elegante y moderna. En Madrid, en invierno, por la tarde, pero ya anochecido

ESCENA PRIMERA

AMPARO y JOSEFINA, de luto. Después de una gran pausa, entra ANGELES por izquierda, con traje escotado

ANG. Perdonen ustedes, me estaba vistiendo.

AMP. Hemos escogido esta hora para no encontrar á nadie y no privarnos del gusto de saludarles.

ANG. Antonina ha ido también á vestirse aprovechando este momento que nos dejaron solas. Saldrá en seguida.

AMP. Es nuestra primera visita, después de la desgracia...

ANG. Un hijo de quince años...

AMP. De catorce. ¡El único varón que teníamos!... Colmenar está desconsolado.

ANG. Es natural.

AMP. Llevábamos cuatro meses sin poner los pies en la calle, más que para ir á misa, pero hoy Colmenar recibió un recado urgentísimo del presidente del Consejo de Ministros.

ANG. Los políticos...

AMP. Y ya, saliendo él, nos obligó á que viniésemos para felicitar á Antonina.

ANG. Hizo bien y se lo agradezco mucho. A ustedes les conviene distraerse un poco...

AMP. Imposible.

ANG. Y no desesperarse. La desgracia fué muy grande, cierto, pero les queda á ustedes una hija...

AMP. ¡No es lo mismo que un hijo!...

ANG. Claro que no, pero en el afecto y en el cariño...

AMP. ¡No nos consolaremos nunca! Nuestra casa es una desolación.

ANG. Hay que conformarse...

AMP. Precisamente el hijo en quien fundábamos tantas esperanzas!...

JOS. Aunque no tengáis tantas en mí, también hubiera sido muy triste que me muriera yo...

ANG. Dentro de lo irreparable y de lo doloroso, es preferible que Dios les haya conservado la hija.

JOS. Sí, mamá... es preferible.

ANG. Hace más compañía... (Atraviesa un Criado con una cesta de flores. Angeles lee la tarjeta y vuelve á dejarla en la cesta.) De Pilar Sancha... Siento muchísimo que el luto de ustedes me prive de sentarles á mi mesa, como otros años.

AMP. ¡Ni hablar siquiera de fiestas, amiga Angeles! Para nosotros se acabaron.

ANG. Pero Josefina está en edad de lucir...

AMP. Cuando se case... aunque yo creo que no se casará.

JOS. ¿Por qué, mamá?...

AMP. Eres tan sosa...

JOS. No tanto...

AMP. ¡Josefina! Aun no hace seis meses que murió tu pobre hermano, en quien nosotras cifrábamos tantas esperanzas...

JOS. Ya lo sé.

AMP. ¿Serías capaz de distraer tu pensamiento de nuestra desdicha?

JOS. No, mamá, no.

ESCENA II

DICHOS: DOCTOR, por derecha

DOC. ¡Hasta ahora mismo con esa maldita consulta!...

ANG. Y usted renegando siempre.

DOC. Señora.. ¿Usted sabe lo que es una consulta de locos y de chiflados y de neurasténicos?... A uno de ellos no había manera de echarlo de casa: empeñado en que fuéramos juntos al Gobierno civil para quejarnos.

AMP. Quejarse de qué..

DOC. Tiene la manía de que le prueban bien los baños de luna y sale al balcón á tomarlos en traje de playa.

AMP. Con el frío que hace no habrá muchos vecinos asomados.

DOC. Nada más que una vieja, que vive enfrente y se ha propuesto no tolerarlo. En cuanto el almanaque anuncia luna ya está la vieja detrás de los cristales y apenas siente ruído en la ventana de mi chiflado se pone á gritar y escandaliza la vecindad.

AMP. Tiene razón.

ANG. ¿Por qué no lo encierran?

DOC. Porque sería una crueldad: es inofensivo...

ANG. Pero el espectáculo no es muy propio...

AMP. ¡Diga usted inmoral!...

DOC. ¿Inmoral?... Si llegase usted á verlo, con hacerse cuenta de que estaba usted en la playa, se encontrarían ustedes dentro de la corrección más absoluta.

AMP. No es lo mismo.

DOC. ¡Qué ha de ser!... Lo esencial es el agua, ¿verdad...? Habiendo mar al lado no son nada ligeros los trajes de baño. Es una inmoralidad de invierno solamente.

AMP. Ya se conoce que trata usted con locos.

DOC. En este momento no está usted en lo justo, pues tengo el honor de hablar con ustedes.

ESCENA III

DICHOS; COLMENAR, de luto, por la derecha

COL. Señoras mías... Samper...
ANG. ¿Ha conferenciado usted con el presidente?
COL. Me esperaba...
DOC. ¿Alta política?
COL. Sí. Hablamos largo rato.
AMP. ¿Para qué te llamó?
COL. Nada, nada...
AMP. No lo ocultes.
COL. Te digo que nada.
AMP. Tú no puedes mentir, Colmenar.
COL. Pero puedo abstenerme de referir lo verdadero.
DOC. ¿Secreto de Estado?
COL. De Estado, precisamente.
AMP. ¿Qué te dijo...?
COL. Amparo, no me exijas confidencias.
AMP. Leo en tu cara algo anormal. No tienes la misma expresión de tristeza... Dímelo, Colmenar.
ANG. Si no le recomendaron reserva...
COL. Pues bien, cedo. No lo ocultaré ante amigos tan cariñosos, ni me sonrojo por una expansión legítima.
ANG. Está usted en su casa y entre quienes le aprecian.
COL. Así lo considero.
JOS. ¿Qué es, papá, qué es?
COL. Amparo, abrázame.
AMP. ¡Colmenar!
COL. ¡Abrázame!
DOC. Abrácele usted.
ANG. ¿Qué tiene de particular?
AMP. (Abrazándole,) ¿Dime, qué te pasa?
COL. (Solemne.) Amparo, estás abrazada al director general de Obras públicas.
AMP. ¿Será posible?
COL. Me lo rogó el presidente... no supe negarme.

AMP. Josefina, ven. Besa la mano á tu padre, el director general.

ANG. Que sea enhorabuena.

DOC. Es un nombramiento muy acertado.

COL. Creo que la opinión lo recibirá bien.

ANG. A ver si nos hace usted una carretera para nuestra casa de campo.

AMP. Las que usted necesite; no faltaría más.

COL. No vayas tan rápida, Amparo. Lo procuraré, claro es, pero sin comprometerme en absoluto...

AMP. Tendrás que encargarte uniforme.

COL. Claro, claro...

JOS. Estarás muy bien, papá.

COL. Eso creo... pero no nos desvanezcamos. ¡Ay, Amparo, si vieras lo que sufro! Lo que he padecido pensando en que debía alegrarme por esta distinción del Gobierno de Su Majestad...

ANG. Las satisfacciones honradas no hay por qué recatarlas.

DOC. Eso es evidente.

COL. Gracias, amigos míos, por tan consoladoras reflexiones. Retirémonos, Amparo. El estado de mi espíritu no me permite continuar una conversación vulgar.

DOC. Gracias.

COL. Comprenda usted...

DOC. Sí, sí...

ANG. Mi enhorabuena, señor director.

DOC. Hasta que demos la de Ministro.

COL. No lo espero.

DOC. Sí, sí. De quien lo hizo á usted director se debe esperar todo.

AMP. Dice bien el amigo Samper.

COL. No, no...

ANG. Sí, Colmenar, sí.

COL. Seamos modestos, Amparo. Yo lo soy y es la cualidad de que más me enorgullezco.

DOC. Bravo...

COL. Adiós, señora mía; adiós, Samper.

DOC. Adiós, querido director. (Mutis por la derecha Amparo, Josefina y Colmenar. Desde la puerta vuelve Angeles.)

ESCENA IV

ÁNGELES y el DOCTOR

ANG. Oiga, Samper. Le he llamado para pedirle un consejo. Tengo muchas pruebas de que usted nos estima.

DOC. No en balde llevamos tantos años viéndonos á diario.

ANG. Usted, más que médico es amigo, y la bondad de usted...

DOC. Qué gran pareja hubiéramos hecho usted y yo, amiga Angeles, si nos enteramos de lo buenos que somos... hace veinticinco ó treinta años.

ANG. Mire que es muy serio lo que voy á decirle.

DOC. Pues vamos con lo serio.

ANG. Cristóbal ha enviado una carta para Antonina. Usted conoce las relaciones afectuosas, de toda la vida, que nos unen con esa familia...

DOC. Cristóbal es muy equilibrado. Yo no vacilaría. La posición económica de ustedes es superior á la suya.

ANG. Eso no importa.

DOC. Pero él gana de sobra en su carrera para no desnivelarse demasiado en ese particular. Es leal, es inteligente, y la quiere: son muchas razones juntas.

ANG. Y Antonina ha de casarse; pasa ya de los treinta... y es hora. Usted, en mi lugar, ¿la inclinaría para que le aceptase?

DOC. Sin vacilación. No contrariarla ni obligarla, pero darle ese consejo, sí.

ANG. Me alegro mucho que coincidamos...

DOC. Es lo sensato.

ANG. La hablaré en ese sentido. Otra pregunta: ¿cómo encuentra usted á Mauricio?...

DOC. Bien...

ANG. ¿No está muy desmejorado?...

DOC. Un poco... ¡pero como él se lo busca...! Después de aquel ataque del verano, se corrigió

un par de meses; le pasó el miedo y ha vuelto á las andadas.

ANG. Yo le veo mucho en casa y no se excede en las comidas, no prueba el vino, no trasnocha...

DOC. Obedece en lo menos importante y eso no basta para defenderse en una enfermedad tan horrenda como la suya.

ANG. ¿Cómo dice usted que se llama esa enfermedad?...

DOC. Margot.

ANG. ¡Doctor! No haga usted juicios aventurados: Margot es amiga mía y respondo de ella.

DOC. ¿Quiere usted creerme, Angeles...? No responda usted por ella.

ANG. Mire usted que una acusación de ese género...

DOC. Si no hay maldad: es neurastenia...

ANG. Dejémonos de cuentos. Los vicios son vicios.

DOC. Antiguamente, sí; ahora, no. El hombre, y aun la mujer, son buenos por naturaleza, ¿faltan á su bondad?... Pues hay un desequilibrio y á curarles.

ANG. ¿Y mientras?

DOC. A compadecerles.

ANG. Voy á cortar por lo sano. Desde hoy, para Margot, quedan cerradas las puertas de mi casa.

DOC. Cerrarlas, no: es una medida excesivamente radical... pero entornarlas, sí, me parece muy prudente.

ANG. ¡Y ese Mauricio... ese Mauricio! ¡Matándose! ¡Ahora que parecía tan regenerado!... Ya no habla con aquella libertad de antes y tiene unas ideas tristes que dan pena...

DOC. Cuando el dolor puede más que él se asusta del fin que le espera y se acobarda.

ANG. Usted no le quiere bien...

DOC. Me cansé de predicarle en vano.

ANG. ¿Y le abandona usted?...

DOC. Como dolencia, como caso, no me llama la atención: es una ataxia vulgarísima en un hombre que no es más que rico... nada.

ANG. ¡Doctor!

Doc. Mi interés y mi afán los guardo para quienes realmente lo merecen.

Ang. ¿Y Mauricio?...

Doc. Descartemos á Mauricio, que siendo sobrino de usted, por fuerza ha de interesarme... Pero créame usted, Angeles, que toda esta colección de inconscientes, degenerados y holgazanes, ocupan en el mundo un espacio que hace muchísima falta para la gente sana y trabajadora. (Despidiéndose.) Con su permiso...

Ang. ¿No se queda usted?...

Doc. Vuelvo. Aun he de visitar á un desgraciado carpintero que se hundió tres costillas con un tablón, en una obra allá al lado de casa y me avisaron en el primer momento. ¡Qué tendré yo que ver con las costillas de los demás!...

Ang. Es usted médico.

Doc. Especialista en enfermedades mentales. Eso no tiene nada que ver con las dichosas costillas de nadie.

Ang. ¿Para qué va usted?...

Doc. ¡Si es un infeliz que no tiene una peseta! ¿Cómo quiere usted que le abandone?...

Ang. (Sonriente.) No le entiendo á usted, Doctor...

Doc. La mayor parte de las veces yo tampoco me entiendo... Hasta luego... (Mutis Angeles por la izquierda.)

ESCENA V

DOCTOR: MAURICIO por derecha

Maur. Samper, buenas noches...

Doc. Hola. ¿Cómo estás?

Maur. (Que anda trabajosamente.) Bien.

Doc. ¿Bien?...

Maur. (Con tristeza.) Sí, bien. Llevo tres días sin salir de casa con una estúpida tristeza...

Doc. ¿Por qué no me avisaste?

Maur. ¡Si no es nada! Tristeza solamente... y en al-

guna ocasión un efecto extraño, como si me corrieran hilos de agua fría por las piernas.

DOC. ¿Dolores no?

MAUR. Sí, también...

DOC. Mírame. Junta los pies: cierra los ojos. (*Acudiendo á sostenerle.*)

MAUR. (*Que obedeció sonriendo.*) ¡Doctor!... ¿Qué tengo, Doctor? (*Espantado.*)

DOC. ¿Por qué has salido?

MAUR. Es el santo de Antonina.

DOC. Pues felicítala y vuélvete á casa. Es una temeridad que salgas de noche...

MAUR. ¿Estoy muy malo?

DOC. Mediano. Acuéstate pronto y mañana iré á verte.

MAUR. ¿Pero grave?...

DOC. No, hombre. Pero si no acudes muy aprisa, mucho temo que no ande rondándote un nuevo ataque.

MAUR. ¡No!

DOC. ¡No! ¿Te figuras que adelantas algo diciéndole á la enfermedad: «no quiero que vengas?...»

MAUR. ¡Yo haré todo lo que usted me mande!

DOC. Obedece, obedece, que para tí haces. Mañana iré á verte.

MAUR. ¡No me desampare, Doctor!... ¡En nadie tengo tanta fe!...

DOC. Mañana hablaremos, que el caso no es de urgencia.

MAUR. ¿Verdad que puedo curarme? (*Deteniéndole.*)

DOC. ¿Quién lo duda?

MAUR. ¡Yo!

DOC. ¿Y entonces qué clase de fe tienes en mí? Hasta mañana, hasta mañana... (*Mutis Doctor por derecha.*)

ESCENA VI

MAURICIO: ANTONINA, por izquierda

ANT. ¿Mauricio?...

MAUR. (*Que se quedará absorto.*) Antonina... felicidades.

ANT. ¿No vienes á comer?

MAUR. Apenas como..

ANT. No importa: nos acompañas.

MAUR. Y necesitaría cambiarme de ropa.

ANT. Hasta las nueve tienes tiempo sobrado para ir y volver.

MAUR. Venía á disculparme...

ANT. No admito disculpas.

MAUR. (Marchando.) Pues te obedezco.

ANT. Aguarda. ¿Quieres atender cinco minutos?... Ven, siéntate. ¿Qué tienes?... (Viéndolo andar.)

MAUR. Nada, nada...

ANT. ¿Me pareció que andabas con dificultad?..

MAUR. No, no...

ANT. Me alegro. Usted y yo, señor don Mauricio, vamos á tener una conversación muy ordenada.

MAUR. ¿Qué será eso?

ANT. Verás. Capítulo primero: muchísimas gracias por las flores. Capítulo segundo: ¿quién me regaló esta pulsera que me ha regalado mi madre?...

MAUR. Tu madre.

ANT. ¿Y á ella quién la convenció para aceptarla?

MAUR. Sabía que era un capricho tuyo y busqué este rodeo. ¿Te enfadaste?...

ANT. Está malísimamente hecho... pero no me enfadé absolutamente nada.

MAUR. Gracias.

ANT. Puestos ya bien en claro los dos capítulos anteriores, permitirás que me embrolle un poquito en el tercero.

MAUR. Haré como que no lo noto.

ANT. Perfectamemte. Si hubieras prometido algo, ¿lo cumplirías? Y si hubieras prometido que sería otro el que hiciese ese algo...

MAUR. Aquí está el embrollo.

ANT. ¿Muy justificado?

MAUR. Bastante. El procedimiento de ofrecer en nombre de otro es de los más socorridos. «Si se salva mi hija será monja descalza...» Descálcese usted y mortifíquese usted cuanto quiera, pero á la pobre chiquilla, ¿por qué se la ha de imponer una vocación que tal

vez no sienta?... Y si después se resiste es una hija desobediente é ingrata.

ANT. Ese es mi apuro.

MAUR. ¿Prometiste, y ahora el pagano se rebela?

ANT. Aún no se lo he dicho.

MAUR. Pues díselo.

ANT. Ya voy.

MAUR. ¿Soy yo el amenazado? Veamos mi condena.

ANT. Cuando estuviste enfermo, hice voto, si te curabas, de que entregarías diez mil pesetas para unas escuelas allá en el pueblo...

MAUR. Se entregarán. No porque las escuelas hayan influído mucho en mi curación, si no porque tú lo prometiste...

ANT. Y además...

MAUR. ¿Además? (Pausa.) Sigue, sigue.

ANT. Prometí que oirías una misa á mi lado.

MAUR. De oirla, no te respondo...

ANT. Hereje...

MAUR. Por la distancia. Pero de estar á tu lado, sí.

ANT. ¿Cuándo?

MAUR. Tú dirás.

ANT. ¿Mañana? A las diez ven á buscarnos.

MAUR. Convenido. Podéis disponer de mí... No sé si es la enfermedad ó mi decaimiento de espíritu, pero ya no veo con la misma luz de antes y por no molestarme luchando, me conformo con cuanto me imponen.

ANT. Puede que sea un principio de conversión.

MAUR. Aprovechadlo. Llevo tan quebrantada la voluntad, que cualquiera se hará dueño de mí. Me dirán que crea y creeré: me dirán que niegue y estoy dispuesto á negar sólo por no contradecir.

ANT. Es la ocasión de catequizarte.

MAUR. Si te entretiene...

ANT. Es algo más. Salvar tu conciencia.

MAUR. Sálvala, no me opongo. Y si acertaran á curar mis dolores, tampoco me opondría... pero esto ya es más difícil.

ANT. ¿Aun eres incrédulo?

MAUR. No, no, manda. Creo en tí, Antonina.

ANT. No es preciso mandar ni obedecer.

MAUR. Así es más sencillo.

ANT. Basta el propio deseo. Mi obra es obra de amor.

MAUR. ¿Antonina? (Interrogando ansioso.)

ANT. Son las divinas palabras. Conmueven hasta á los pecadores.

MAUR. No las interpreté bien. (Fríamente.)

ANT. Querer y perdonar es toda una religión. ¿Te parece muy penosa?

MAUR. Querer y perdonar, ¿á quién?

ANT. A todos.

MAUR. ¿A los descreídos, á los que se apartan?

ANT. Igual y más. «Que si no amais sino á los que os aman ¿qué mérito es el vuestro? porque también los pecadores aman á quien los ama á ellos.» (San Lucas. Capítulo VI, versículo 32.)

MAUR. ¡Qué sabia eres!

ANT. (Como quien repite de memoria una lección.) «Amad, no sus errores, no sus faltas, no su mala conducta, pero sí á sus personas deseando vivamente su bien.» (Idem.—Nota 1.ª)

MAUR. Suena á Evangelio...

ANT. Tú lo has dicho: de San Lucas.

MAUR. ¿Y lees tú...?

ANT. No. Pero recuerdo algo que he visto en otros libros más al alcance de mi ignorancia.

MAUR. ¿Y cómo entiendes esas palabras?

ANT. Amar al prójimo como á tí mismo.

MAUR. Sí, la doctrina: aplicación de párvulos.

ANT. Es la más inocente... La que sirve después para los viejos y los desengañados.

MAUR. Querer á todos no es querer á nadie. Yo he querido muchísimo y siempre me dicen que aun no supe querer.

ANT. Y es verdad.

MAUR. Luego no está ahí el secreto.

ANT. Yo deseo el bien de todos...

MAUR. ¿Y el mío?

ANT. Entre todos, ¿por qué no has de contarte tú? Parientes, amigos...

MAUR. ¿Y las amigas también?

ANT. Casi todas.

MAUR. Mal predicas.

ANT. Eso ya sería la perfección. Parientes, ami-

gos, casi todas las amigas, desconocidos, buenos, malos...

MAUR. Etcétera...

ANT. Etcétera, etcétera..

MAUR. ¿Y en ese cariño universal, tengo yo un pedacito, algo menos que la punta de una aguja, pero algo?

ANT. Indiscutiblemente. Tres pedacitos pequeñísimos... uno por pariente, otro por amigo y el otro por pecador.

MAUR. ¿Y no hay alguien que se lleve la parte del león?

ANT. Sí.

MAUR. ¿Quién?

ANT. El león.

MAUR. En pago de lo sumiso que me presté á cumplir tus promesas, tus votos, ¿me dejas confesarte un poco?

ANT. ¿Un poco? bueno.

MAUR. ¿Tienes novio?

ANT. Eso no es pecado.

MAUR. ¿Lo tienes?

ANT. ¿Y si lo tuviera?

MAUR. Respóndeme.

ANT. ¿Es curiosidad?

MAUR. Es el comienzo de una conversación.

ANT. (Seria.) No lo tengo.

MAUR. ¿Y predilección por alguno?

ANT. Sí.

MAUR. ¿Quién?

ANT. Los nombres tampoco son pecado. No sirves para confesor.

MAUR. Falta de práctica. Eso se adquiere. ¿Y dices que te agrada uno?

ANT. ¿Más que otros? lo digo.

MAUR. ¿Quién es?

ANT. Adivínalo.

MAUR. ¿Y si yo te suplicase, por lo que más quieras, que me dijeses el nombre?

ANT. Demostrarías que no eras merecedor de saberlo... por torpe.

MAUR. ¡Mira que lo adivino!

ANT. ¿A que no?

MAUR. ¡A que sí!

ANT. A verlo.

MAUR. Antonina, es preciso que hable contigo un momento.

ANT. Habla.

MAUR. (Levantándose.) Esta noche, después de comer...

ANT. No será muy interesante cuando lo aplazas.

MAUR. Te engañas. Todo lo que no me importó, lo supe decir pronto. Si balbuceo es porque desconfío; si aplazo es porque temo. Vendré luego... acércate un segundo, entre el bullicio del baile y te diré algo á lo que no necesitas ni responderme.

ANT. ¿Ni responderte?

MAUR. No estoy tan ciego que no vea tu bondad... La duda no es por tí, es por mí. Quiero pensar más aún si será leal y honrado en mí ahora que sufro...

ANT. Pero te curarás...

MAUR. ¿O será villano, será egoísta hacer una pregunta?

ANT. ¿Es una pregunta?

MAUR. Dime, Antonina; si un hombre supiese que lo aguardan, y un día y otro, y un año, y y dos, y tres, fuera dilatando el presentarse porque se divertía más y mejor en otros lados: ¿qué pensarías de él?

ANT. Que se diferenciaba poco de los demás hombres y que no era culpa suya si le atraía más otra diversión cualquiera.

MAUR Y si viéndose un día sujeto por un poder superior á su voluntad, y espantándose del porvenir, llamase á aquella puerta despreciada en lo pasado, ¿no sería justicia si no respondiesen?

ANT. Justicia, sí, lo sería. (Muy seria.)

MAUR. (Marchándose.) Adiós, Antonina.

ANT. (Sonriendo.) Pero si en vez de justicia buscase piedad y cariño... (Pausa. Mauricio se detuvo á escuchar, ansioso.) quizás abriesen más deprisa. Los vencidos tienen derecho á la misericordia.

MAUR. Si fuese verdad, en la tierra habría algo que no se puede ver con los ojos.

ANT. Eso lo saben todos, incluso los que lo niegan.

MAUR. (Gozoso.) Vendré luego, Antonina, vendré á preguntarte...

ANT. Y yo no te contestaré. Tú has dicho que no necesitaba responderte... y por obediencia...

MAUR. (Quiere hacer un gesto de alegría, como un brinco de hombre contento y lo termina en un gesto doloroso.) ¡Qué feliz soy!... ¡Ay!... (Quejándose muy suave.)

ANT. ¿Qué tienes?

MAUR. Que no soy tan feliz como quisiera ..

ANT. Lo serás.

MAUR. ¿Sí?...

ANT. Te lo juro.

MAUR. (Gozoso.) ¡Cielos y tierras! ¡Mortales y dioses! ¿Habéis oído la divina palabra?...

ANT. (Sonriendo.) ¿Volverás?...

MAUR. (Como jurando.) ¡Volveré!...

ANT. Adiós, Mauricio...

MAUR. Adiós .. (Mutis Mauricio por la derecha.)

ESCENA VII

ANTONINA

Si yo hubiera querido, pronto me dice esa pregunta que le retozaba en los labios... pero yo misma me complazco en retrasarla. Secretos misteriosos... ¡qué dulces sois, sabiéndoos así, en secreto!... (Queda un momento ensimismada, pero sonriente.)

ESCENA VIII

ANTONINA. ANGELES, derecha

ANG. ¿Y Mauricio?

ANT. (Contenta.) Vino á disculparse con su régimen, pero yo le he convencido de que comer es el pretexto para estar reunidos. Volverá: fué á vestirse.

ANG. Es una angustia lo que cuentan de ese hombre...

ANT. ¿Qué hombre?

ANG. ¿De quién hablamos?

ANT. De Mauricio.

ANG. Tenemos que reñirle muy severamente. ¿Pero qué importa? No atiende las reflexiones. Y después de aquel aviso de su primer ataque y de cuanto le advirtió el Doctor... Sí, sí; buena enmienda: peor que antes.

ANT. ¿Lleva mala vida?

ANG. Una vergüenza... Y es ir contra Dios acabarse la salud así... Y no respetar siquiera nuestra casa.

ANT. (Con ansia.) ¿Por qué lo dices?

ANG. No es menester que lo sepas. Se entera uno de cada abominación... ¿Mauricio viene á comer? Dí que pongan el cubierto á mi lado.

ANT. Mamá, á tu lado el Doctor y Cristóbal, que es de más cumplido.

ANG. Cristóbal agradecerá ser tu vecino.

ANT. Bien. Entonces, á tu derecha el Doctor y á tu izquierda Tacedal, Mauricio entre Margot y Amelia.

ANG. ¡Al lado de Margot, no!

ANT. ¿Por qué, mamá? (Seria y mirándola fijamente.)

ANG. Por nada. Haz lo que yo te mando.

ANT. (Con rabia.) Es tan amena Margot...

ANG. Tú no entiendes lo que es y lo que no es. (Alejándose.)

ANT. (Aparte.) (Lo que escucho puede ser que no lo entienda, pero esta repulsión, este odio... habla muy claro. Margot es mi enemigo.)

ANG. (Saliendo.) Oye, Antonina, el Doctor opina como yo y como todos, en el asunto de Cristóbal. Es muy honrosa para nosotros la elección que hace de tí; y si no tienes reparo personal que ponerle, debías meditarlo. No te obligo á que lo aceptes, ni mucho menos, pero á mí me satisface... ¿Qué piensas tú?... (Tocándola.) ¿Qué te parece?

ANT. (Como si despertara suavemente.) ¿De qué, mamá?

ANG. ¿No atendías?

ANT. Sí, sí...

ANG. Cristóbal es un caballero, trabajador...
ANT. Sí, mamá: muy caballero... muy trabajador...
ANG. Cariñoso con su madre, será bueno con su mujer. Y ya has de decidirte; los años pasan, yo puedo morir y me atormentaría dejarte sin tener quien velase por tí... (Viendo entrar á Sandoval.) Piénsalo. (Adelanta á saludarlo.)
ANT. Sí, Margot es mi enemigo... y el enemigo de Mauricio. (Marcha pensativa hacia la izquierda.)

ESCENA IX

DICHAS. SANDOVAL por la derecha

ANG. (Después de saludar á Sandoval.) Antonina.. que está Sandoval.
ANT. (Vuelve ligera. Sandoval adelanta.) Muchas gracias...
SAN. Un recuerdo... Mil felicidades, Antonina... Por mí no se detenga usted. Luego charlaremos.
ANT. Si usted lo permite... (Mutis por la izquierda.)

ESCENA X

ANGELES y SANDOVAL

ANG. (Disculpándola.) Ella es la que lo arregla todo...
SAN. Es adorable... Guapa, hacendosa, inteligente, buena... es adorable, mi señora doña Angeles.
ANG. Usted, que la juzga amistosamente.
SAN. He venido unos minutos antes de la hora, por un presentimiento. No sé por qué, pero me imagino que hoy va á ser un día muy señalado para mí...
ANG. (Invitándole á sentarse.) Usted sabrá.
SAN. Quizás antes de sentarnos á la mesa, quizás después, encuentre ocasión de hablar á Antonina.

ANG. Seguramente.

SAN. No es tan fácil. Desde el verano que persigo esa oportunidad sin lograrlo.

ANG. Ya es antigua.

SAN. Usted no se incomodará oyéndome.

ANG. ¿Es á mí ó á Antonina á quien desea usted hablar?

SAN. A las dos. Cuando la intención es recta y formal no hay razón para ocultarla.

ANG. Ninguna. (Aparte y mirando á la puerta.) ¿No vendrá alguien?... (Volviéndose sonriente.) ¿Y su hermano de usted, continúa en Lisboa?

SAN. ¿En Lisboa? No señora, estaba en Pamplona.

ANG. En Pamplona, eso es. No tengo memoria... Es una población muy bonita.

SAN. Mucho.

ANG. Nosotras estuvimos un año, por las fiestas de San Fermín.

SAN. Dispénseme usted que aproveche los segundos; puede venir alguien.

ANG. Es temprano: no vendrá. (¿No vendrá?)

SAN. Confío en que no soy para ustedes un extraño ni un advenedizo...

ANG. Al contrario.

SAN. Ustedes tratan á mi familia, les consta de qué vivo y cómo vivo...

ANG. Algún detalle ignoraremos...

SAN. Sin importancia capital. Y en estas condiciones me atrevo á iniciar una pretensión que constituye todo mi afán.

ANG. ¿Usted acabó la carrera?

SAN. Soy abogado.

ANG. ¿Hay pleitos?

SAN. Escasean, pero yo no tengo queja.

ANG. Nosotras tuvimos uno, á raiz de la muerte de mi marido, interminable, y al fin acabamos transigiendo. ¿Usted se acuerda de aquellos prados que están á la salida de la huerta, en la aldea, junto á la fuente?

SAN. (Resignado) Sí, señora.

ANG. Pues aquellos. Nuestro abogado fué... ¿cómo se llamaba? ¡Qué memoria la mía tan desastrosa!

SAN. Lo mismo da...
ANG. Se iba todas las tardes á vernos... pero yo para nombres... (Pausa.)
ANG. Gutiérrez, Remigio Gutiérrez. (A un tiempo.)
SAN. Perdone usted que... (A un tiempo.)
SAN. (Pausa.) Perdone usted que insista en lo mío.
ANG. Lo que usted quiera, Sandoval. Tengo mucho gusto en escucharle.
SAN. Pues verá usted, doña Angeles: alentado por la consideración inmerecida que ustedes me dispensan, me atreví á poner los ojos...
ANG. Amelia y su hijo... Un momento. (Se apresura á recibirlos.)
SAN. Se queda sin saber dónde he puesto los ojos... aunque sospecho que no tiene mucha curiosidad.

ESCENA XI

DICHOS, AMELIA y CRISTÓBAL por la derecha

ANG. ¿Qué tal, Amelia?
AMELIA ¿Y tú, Angeles?
ANG. Antonina le dará á usted las gracias por su abanico: una preciosidad.
AMELIA Lo compró en Berlín.
ANG. ¡Para Antonina! Aun es más de agradecer...
CRIS. Para mi madre ..
AMELIA Y yo me recreo enviándoselo á tu hija.

ESCENA XII

DICHOS y TACEDAL por la derecha

TAC. ¿No vino Margot todavía?
ANG. No hay prisa.
TAC. Mi mujer siempre se las arregla para llegar la última.
CRIS. Entrada más solemne.
TAC. Veríamos lo que decía usted si fuera su marido y tuviese que llegar retrasado por su culpa. . ¿Querrá usted creer que este verano,

en Biarritz, no alcanzó ni un día la hora de la marea?... Se bañaba casi en seco.

CRIS. Por temor á ir demasiado lejos...

ESCENA XIII

DICHOS y ANTONINA por la izquierda

AMELIA Felicidades.

CRIS. Felicidades, Antonina.

TAC Que cumpla usted muchos...

ANG. Es santo, no cumple años.

TAC. De todos modos, celebraré que cumpla muchos...

ANG. ¿No traes el abanico?

SAN. ¿Terminó usted de redactar su informe?

TAC. Sí. Y me he decidido por clasificarla provisionalmente con mi nombre: Libélula Tacedalis...

SAN. Es armonioso.

TAC. Desconfiaba de concluir mi trabajo para la próxima sesión de la Academia... Ando mediano de salud ó de preocupación: el histerismo latente que hay en mí me desconcierta.

SAN. Aprensiones.

ANG. Tacedal...

TAC. Señora...

ANG. Usted, que es aficionado á antigüedades, ¿quiere usted ver un abanico que le mandaron estos señores á Antonina? Es un varillaje curiosísimo. Venga usted, Sandoval...

AMELIA Te acompaño.

SAN. Merceditas, que sea enhorabuena. ¿Es verdad que heredó usted?

MER. Mi pobre madrina me quería mucho y se acordó de mí.

SAN. Un recuerdo de veinte mil duros...

MER. Treinta y cinco.

SAN. ¡Caramba!... ¿Quiere usted darme el brazo, Merceditas?... (Mutis con Mercedes, Angeles, Amelia y Tacedal por la izquierda.)

ESCENA XIV

ANTONINA y CRISTÓBAL

CRIS. Le dan ustedes un mérito que no tiene.

ANT. A hora no es un abanico, es un pretexto para dejarnos solos.

CRIS. Si usted lo deplora...

ANT. No. Pero no puedo menos de hacer notar la cándida maniobra... La pueril malicia de las madres cuando creen contribuir á la felicidad de sus hijos...

CRIS. Perdón, Antonina...

ANT. ¿De qué?... ¿Tenemos que hablar? Hablemos. He leído su carta de usted, Cristóbal... (Pausa.) y la agradezco profundamente.

CRIS. ¿La agradece usted profundamente?

ANT. Sí.

CRIS. Lo siento... Trae mal camino la respuesta, y cuando usted misma se atreve á iniciar la conversación es que no le preocupa.

ANT. Se equivoca usted.

CRIS. (Tendiendo las dos manos.) ¿Antonina?...

ANT. No, Cristóbal...

CRIS. ¿No...?

ANT. (Tendiéndole la mano.) Quisiera conservar su amistad...

CRIS. (Dando la mano fríamente.) No me equivocaba.

ANT. Usted merece que se le responda. Por eso, á una carta, contesto de palabra.

CRIS. La mujer que habla de amor á un hombre por primera vez, es que no lo siente... Yo he temblado al escribir... Usted viene tranquila á responderme... ¡no podemos entendernos!

ANT. ¿Pero seguir siendo amigos...?

CRIS. ¿Por qué no? La adoración no es injuria... aunque sea torpeza. Todo lo más será señal de lo poco en que me estiman.

ANT. Ahí es donde se equivoca usted. Yo reconozco y aprecio todas sus cualidades... pero

usted no me pregunta si lo considero honrado y caballeroso...

CRIS. Es que yo no encuentro, alrededor de usted, quien sea digno de lograr su mano.

ANT. No siendo usted...

CRIS. Después de rechazarme lo puedo decir sin arrogancia.

ANT. ¿No hay nadie?

CRIS. Nadie. ¿Sandoval?

ANT. Ese es un amor administrativo...

CRIS. ¿Gabriel de la Peña?

ANT. Un fatuo.

CRIS. ¿Mauricio? Un indiferente.

ANT. ¿Usted cree?...

CRIS. El lo dice. Era el único que me causaba zozobra antes, pero Mauricio se brindó á proteger mis esperanzas ¡No veo á nadie!

ANT. ¿Y entre ustedes es frecuente apadrinar amores?

CRIS. No; pero como era el rival temible, á él fuí derecho á preguntarle si éramos rivales.

ANT. ¿Temible? ¿Por qué?

CRIS. Porque yo soy franco y leal.

ANT. ¿Y Mauricio no?

CRIS. No. Porque yo soy trabajador y él es ocioso; porque yo produzco y ahorro, y él heredó y disipa, porque yo me enamoro y él corteja... y en esas condiciones, ante una mujer, no hay lucha posible.

ANT. ¿Tendemos siempre á escoger lo malo?

CRIS. Lo que brilla. Frente á un hombre que dirige un cotillón, un hombre que dirige una fábrica no tiene valor alguno.

ANT. En un salón, es posible.

CRIS. Pero como desgraciadamente, á ustedes no las vemos en las fábricas, sino en los salones...

ANT. ¿Usted aborrece á los que se divierten?

CRIS. A los que se divierten siempre, sí; á los que trabajan á unas horas y se divierten á otras los admiro, y cuando puedo los imito.

ANT. Es lástima que Mauricio no trabaje en algo. .

CRIS. Su fortuna y su inteligencia lo hubiesen hecho útil... y así no es más que una rama

seca en el bosque eternamente creador de la vida. Desaparecerá sin dejar rastro.

ANT. Como tantos más...

CRIS. ¡Sí, como tantos más!... Por eso dura la miseria y la esclavitud denigrante de los hombres que se figuran que dicen algo diciendo que son libres...

ANT. Es demasiado hondo para mí... Los que saben querer ya saben mucho...

CRIS. No. Lo estéril no puede crear cariño.

ANT. Y ustedes, los orgullosos del trabajo, los que se figuran que el mundo no es más que fatiga, máquinas que hacen máquinas, ¿con qué privilegio le niegan el amor á los que no son como ustedes?

CRIS. Porque no son dignos...

ANT. El amor no es de quien lo recibe sino de quien lo da, y delante de Dios no me valdrá quien quise, sino cuánto y cómo he querido ..

CRIS. ¿Usted quiere á Mauricio, Antonina?

ANT. No...

CRIS. Sí... y es natural que sea, porque no lo merece.

ANT. Y para usted, ¿quién será acreedor á llevarse lo que usted desea?

CRIS. Mauricio.

ANT. ¿A pesar de sus defectos?

CRIS. Por ellos.

ANT. Gracias... por mí. Aunque le repito á usted que no hay compromiso alguno entre Mauricio y yo.

CRIS. Si usted lo asegura...

ANT. Digo la verdad.

CRIS. La verdad no ha de entenderse como suena, sino como es... y lealmente creo que ustedes mismos no la comprenden.

ANT. Debe bastar mi afirmación.

CRIS. Basta. Perdón, Antonina. ¿Tan amigos?

ANT. Tan amigos.

CRIS. Será muy fácil conservar esta amistad. El lunes ó martes volveré á Alemania.

ANT. ¿Tan pronto?

CRIS. Sí, tan pronto. Están en el salón, ¿verdad? (Un saludo y mutis Cristóbal, por izquierda.)

ESCENA XV

ANTONINA: DOCTOR y MARGOT, por derecha

MARGOT (Muy escotada.) Mil felicidades... Dispénsame si vengo retrasada.

ANT. Llegas á tiempo.

MARGOT Tuve gente hasta ahora mismo y apenas si pude vestirme.

DOC. Apenas: ya se ve.

ANT. Cuando te vistes poco, luces más.

MARGOT ¿Te parece exagerado?...

ANT. No...

DOC. Ni á mí...

MARGOT Usted es muy amable.

DOC. Procuro serlo, pero en este caso toda la amabilidad es del modisto.

MARGOT Habré llegado la última, ¿eh?... Lo sentiría...

ANT. No. Esperamos á Mauricio.

DOC. A Mauricio no le esperen ustedes.

ANT. Ha dicho que vendría.

DOC. No importa. Le he mandado que no salga.

ANT. ¿Está mal?...

DOC. Sí, mal: peor de lo que él piensa.

MARGOT Lo siento, porque es un hombre muy agradable... pero á la fuerza ahorcan.

ANT. No ahorcan, no: esa es una leyenda. Alguno de los que matan con navaja ó con veneno, dicen que van á presidio, pero los crímenes más rastreros y más despreciables se quedan sin castigo.

DOC. Quedarán ignorados.

ANT. Si no hablo de lo oculto, ni de lo sospechado siquiera: hablo de lo que todos saben, de lo que nadie se recata para decir públicamente.

MARGOT ¿Te apasionan las causas célebres?

DOC. El hijo que acaba con su madre á disgustos...

ANT. En el orden moral no caben más que penas de conciencia.

ANT. ¿Y en lo físico?... La mujer que busca al hombre enfermo á sabiendas de que será dolor inmediato ó recaída en la enfermedad ó tal vez la muerte...

MARGOT No parece natural que una muchacha soltera pueda saber tantas cosas...

ANT. ¿Y qué quieres que le haga si lo sé?... ¿Os guardáis de hablar alguna vez porque las solteras están delante? ¿Y por qué ahora pretendes que no sepa lo que vosotras me decís?...

MARGOT Yo he sostenido siempre que las muchachas no debían estar en las visitas

DOC. Y yo. En algunas ocasiones he llegado á pensar que sería conveniente que se hablase un poco menos... pero, vamos, reconozco que esto es ya una exageración de mi parte.

MARGOT Usted siempre da su puntadita de filósofo ó de moralista... de lo que sea.

DOC. Dispense usted la puntadita... No me asusto de las cosas que se hacen, pero me molestan muchas cosas de las que se cuentan.

MARGOT Por si son calumnias.

DOC. No, señora, no, por si son verdades. (A Antonia.) ¿Y doña Angeles?

ANT. En la sala.

DOC. Voy á prevenirla de que no viene Mauricio. Ya es hora de tener debilidad, aparte de las debilidades que tengo á todas horas... (Mutis Doctor por la izquierda.)

ESCENA XVI

ANTONIA y MARGOT. Una CRIADA por foro

MARGOT ¿Vamos nosotras?...

ANT. Sí. (Toca un timbre de pared.)

MARGOT ¿Tuviste muchos regalos?...

ANT. Especialmente flores: gracias por las tuyas.

MARGOT Demostrar que no te olvido.

ANT. Ni yo á tí.

CRIADA Señorita...

ANT. Pregunta si pueden servir la comida. (Mutis Criada.)

MARGOT Sois muy atentas... y desde que conozco la experiencia que tienes, aprecio más vuestra invitación. En teoría, es mayor amabilidad verme entre las escogidas.

ANT. Tú siempre estás entre las que se pueden escoger.

MARGOT Aunque no sea tan en absoluto, como tú lo dices, es encantador oirlo...

ANT. Creo hacerte justicia.

MARGOT Eres adorable... por lo ingenua. (Besándola en la frente: Antonina se deja besar, pero volviendo algo la cara y expresando el asco y el deseo, contenido, de rechazarla. Luego se pasa la mano por la frente, como queriendo borrar la huella del beso.) ¿Te duele la cabeza?

ANT. Sí; neuralgia.

MARGOT El tragín que habrás llevado todo el día.

ANT. Probablemente.

MARGOT ¿Y del novio hubo regalito?

ANT. ¿Quién es mi novio? (Secamente.)

MARGOT Supongo que tú lo sabrás.

ANT. Pues no lo sé.

MARGOT ¿Cómo no te casas?...

ANT. (Pausa.) Vamos al salón, Margot.

MARGOT (Cogiéndola del brazo.) Vamos. Yo escogería á Mauricio...

ANT. ¿No lo has escogido ya?

MARGOT Para tí.

ANT. (Soltándose.) ¿Lo cedes?

MARGOT Esa es una malicia.

ANT. ¿Nada más...? ¿No es afrenta y burla y desprecio aconsejarme tú, tú, Margot, aconsejarme tú que me case con Mauricio...?

MARGOT No te excites, monina... Cálmate y vamos al salón: no discurres ahora lo necesario.

ANT. Sí, vamos, vamos. Empiezo á olvidarme de lo que yo soy y de lo que yo me debo, para no recordar sino lo que eres tú. ¡Vamos, vamos, vamos...!

MARGOT (Cogiéndola.) No. Dilo claro.

ANT. ¿Para saberlo?

MARGOT Y para contestarte.

ANT. Lo merecías.

MARGOT No demos escándalo... si no tienes en ello mucho empeño. Es suficiente conque yo no vuelva por aquí y conque ya no tenga más el gusto de veros por mi casa. A las doce he pedido el coche.

ANT. Hasta las doce aún...

MARGOT Es bien poco. Sonreirnos y hablarnos mutuamente con afecto, después de habernos dicho que nos odiamos... porque nos odiamos, ¿verdad...?

ANT. Sí.

MARGOT Ha de ser un manjar tan delicioso que apenas tendremos tiempo de saborearlo. ¿Vamos, monina...?

ANT. Vamos, Margot. (Se dirigen hacia izquierda.)

ESCENA XVII

DICHAS, CRIADA y después CRIADO por derecha

CRIADA ¡Señorita...!

ANT. ¿Qué es?

CRIADO ¡Señorita...!

ANT. (Con angustia.) ¿Qué es ..?

CRIADA (Asustada.) El señorito Mauricio... No ha podido bajar del coche... Hemos tenido que ayudarle... y aunque el señorito mandaba que lo llevaran á su casa, nos pareció...

ANT. Bien. Avisa al Doctor. (Mutis Criada por izquierda.) ¿Dónde está...?

ESCENA XVIII

DICHOS, MAURICIO y CRIADO por derecha

MAUR. Aquí estoy. Te dije que vendría... ¡y vengo! ¡Perdóname, Antonina...!

ANT. ¿Qué culpa tienes tú...?

MAUR. No me obedecieron: yo mandaba que me llevasen...

ANT. Has hecho bien.

MAUR. Mi voluntad ya no es mía: es de todos. ¿Para qué me traen á turbar vuestra alegría...?

ANT. Para cuidarte, Mauricio.

MAUR. ¿Y con qué derecho lo pido...? El que fué egoísta, el que no supo querer...

ANT. ¡Acuérdate! No amar sino á los que os aman... ¿qué mérito es...?

MAUR. ¡La divina palabra...! ¡Ya la comprendo...! ¡pero aún no me consuela!

ANT. ¡Eso es que no la comprendes todavía...! Ven, apóyate en mí... (Llamando) ¡Doctor, Doctor...!

MARGOT (Que inmóvil y burlona los miraba.) Venga usted pronto, Doctor.

ESCENA XIX

DICHO, DOCTOR y todos por izquierda

DOC. ¿Qué pasa?

MARGOT Un enfermo más...

DOC. Y un hombre menos. (El Doctor va rápidamente á Mauricio: los demás con lentitud.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una galería de cristales, con puerta y escalera practicables para bajar al jardín, en el foro.
Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

ANGELES y DOCTOR

DOC. (Por izquierda.) Aquí me tiene usted, Angeles.
ANG. Necesito hablar con usted.
DOC. Lo que usted quiera.
ANG. ¿Me responderá usted con absoluta franqueza?
DOC. ¿Con absoluta franqueza? ¿Usted sabe lo que pide...?
ANG. Sí.
DOC. ¿Y lo exige usted?...
ANG. Sí.
DOC. Pues obedezco. Hable usted.
ANG. ¿Cómo está Mauricio?
DOC. No hay peligro ninguno inmediato, ni próximo.
ANG. ¿Y se curará?...
DOC. No.
ANG. ¿Nunca?
DOC. Nunca. ¡Ahí tiene usted ya la franqueza debida, la temible y horrenda franqueza! Aho-

ra atraviesa el primer período de la ataxia, el más doloroso: después se calmarán y tal vez desaparezcan los ataques de dolor, pero no hay que contar ya con ese hombre.

ANG. ¿Y no hay remedio?

DOC. Conocido, no.

ANG. ¿Ni esperanza?

DOC. Lázaro revivió: de esa clase de esperanzas, todas las que usted quiera.

ANG. ¿Nada más?

DOC. Nada más. Un régimen muy severo, muchísimo, los alivia algo, pero siempre con la amenaza...

ANG. De morir.

DOC. Entre quedar imposibilitado de valerse por si mismo, y morir, no sé dónde está lo peor.

ANG. Comprenderá usted que hay algo más que curiosidad en mis preguntas.

DOC. ¡Ya me lo figuro!

ANG. Cuando usted mandó que saliese una temporada al campo, yo me creí en el deber de mi casa: no tiene más parientes que nosotros... y sería poco cristiano abandonarle á manos mercenarias. Pero el invierno se acerca, volveremos á Madrid... Yo había pensado en instalarle, hasta que se restableciera, en las habitaciones de...

DOC. (Interrumpiendo) Un momento. Usted haga lo que guste, porque le sobra criterio para regirse sin consejos de nadie, pero mi obligación es aclarar bien las situaciones. No se trata de una enfermedad que se resuelva más ó menos rápidamente: bueno que sean ustedes caritativas, pero adviertan que es para toda la vida, y no sé hasta qué punto será práctico ni conveniente esclavizarse...

ANG. Eso no me detendría si no fuese el conflicto con Antonina. Doctor, Antonina quiere á Mauricio.

DOC. ¡Imposible!

ANG. Antes de caer enfermo la subyugaba con sus indiferencias y ahora, la presencia constante, la piedad, el carácter mismo de Antonina, generoso y exaltado...

Doc. ¿Están en amores?
Ang. Enamorados. Y esa situación romántica...
Doc. ¡Dejémonos de romanticismos! Hay que cortar eso...
Ang. Es tan duro decirle á un hombre que sufre...
Doc. Mas duro es cortar un brazo y se corta. El porvenir de Antonina la obliga á usted.
Ang. ¿Pero cómo?...
Doc. Hay un medio. Háblele usted á Mauricio y que él mismo la desengañe.
Ang. ¿Querrá?...
Doc. Por conciencia y por honor debe hacerlo, pero si vacila, no tarde usted en separarlos.
Ang. Usted me aconseja...
Doc. No, señora, no: yo lo mando.

ESCENA II

DICHOS: ANTONINA y CRIADA, vienen del jardín, trayendo flores sueltas

Ant. (Cantando.)

En un árbol que está seco,
encontré un nido vacío...
¡No sé por qué me he acordado
de tu cariño y del mío!...

(Cogiendo las flores de la criada.) Dámelas...

En un árbol que está seco,
encontré un nido vacío...

Y trae más. Sobre todo claveles...
(Mutis la criada por foro.)
(Arreglando los cacharros.)

¡No sé por qué me he acordado
de tu cariño y del mío!...

Doc. (Después de mirarse Angeles y él con tristeza: en voz baja.) Angeles, es preciso...
Ang. Si lo es.. lo será.
(Mutis Doctor por izquierda.)

ESCENA III

ANTONINA y ANGELES

ANG. (Entregándosela.) He tenido carta de Amelia: muchos recuerdos para tí, suyos y de Cristóbal.

ANT. Devuélveselos cuando escribas.

ANG. ¿No tienes curiosidad por saber lo que dicen?...

ANT. ¿Pero tú tienes ganas de contármelo...? pues cuéntalo.

ANG. Cristóbal sigue pensando en tí.

ANT. Mal hecho. Lo suyo y lo mío no tiene arreglo...
«En un árbol que está seco ..»

ANG. Déjate de canciones.

ANT. ¿Qué daño te hacen...?

ANG. ¿Por qué rechazas á Cristóbal?

ANT. Contéstame tú, si puedes. ¿Por qué no quiero á Cristóbal...? Pues porque no le quiero.

ANG. ¿Y no quieres á nadie?

ANT. A tí.

ANG. ¿Y á quién más?

ANT. (Riendo y cantando.)
«Encontré un nido vacío...»

ANG. (Deteniéndola.) ¿Te da vergüenza confesarlo?

ANT. (Seria y resuelta.) ¿Vergüenza, madre...? Por fortuna mía, aun no aprendí á sonrojarme por nada. Sí, quiero á Mauricio.

ANG. Esa confesión buscaba.

ANT. Pues ya la encontraste.

ANG. Y yo no puedo autorizarlo.

ANT. ¿Por qué, madre...?

ANG. Es una locura.

ANT. No. Es amor y es piedad. Le quise antes... ¿voy á dejar de quererle porque esté enfermo...? No es posible que tú me aconsejes una crueldad tan grande.

ANG. Sí lo es.

ANT. (Zalamera.) No te he visto nunca enfadada,

mamaíta. ¡Qué fea te pones...! Dame un beso, uno, y luego nos pelearemos. ¡Uno...! Bien. Ahora á pelearnos.

ANG. Es un desatino.

ANT. Le quiero.

ANG. No podéis casaros.

ANT. Le quiero.

ANG. Y yo no lo consiento.

ANT. ¡Le quiero, mamaíta, le quiero...!

ANG. Y él mismo no admitirá tu sacrificio.

ANT. Ni una palabra de amor entre nosotros, pero Mauricio me quiere, yo le quiero, tú nos quieres á los dos. Todos nos queremos, ¿verdad...? Pues ya está dicho todo entre nosotros.

ANG. Escucha, Antonina...

ANT. Ahora no.
«En un árbol que está seco...»

ANG. ¡Escúchame!

ANT. «Encontré un nido vacío...»

ANG. ¡Antonina!

ANT. (Siempre diciendo que no con la mano.)
«No sé por qué me he acordado
de tu cariño y del mío...»
(Mutis Antonina por jardín.)

ESCENA IV

ANGELES; después MAURICIO por la derecha

MAUR. (Mauricio apoyado en un bastón: anda muy difícilmente.) Déjela que cante, que alegre la vida, que imite á los pájaros voladores y cantarines...

ANG. (Acudiendo á sostenerle.) ¿Por qué no has llamado...?

MAUR. Ya molesto mucho de más... Me sentí un poco fuerte y yo solo he subido. Oyes, oyes, tía Angeles... Aun se percibe el eco de su canción...

ANG. Sí, sí... ¿Cómo te encuentras hoy?

MAUR. Bien. Estoy mejor, ¿no es cierto?

ANG. Sí... El cianuro ese te prueba.

MAUR. ¡Qué nombre tan bonito!... ¡Cianuro de oro...! ¡Parece algo refulgente, esplendoroso, hecho de sol y de luz... y dentro de él está la muerte!

ANG. En la dosis que tomas no hay peligro.

MAUR. Ya lo sé. Para mí es la vida. Cuando me cure del todo pondré el frasco como si fuera un exvoto y adoraré á un santo más, á San Cianuro.

ANG. Hoy estás contento.

MAUR. ¡Mucho!

ANG. ¿Te sientes bien?

MAUR. Muy bien.

ANG. (Pausa.) Entonces... quisiera hablar contigo un momento.

MAUR (Asustado.) Estoy muy bien, muy fuerte... Habla, habla.

ANG. Aunque sea muy doloroso decírtelo, tú mismo has de conocer que esta situación es insostenible.

MAUR. Sí, tía Angeles. Soy un enfermo incurable... comprendo demasiado que tardar en morirme es incorrecto.

ANG. ¡No he dicho eso!

MAUR. Soy yo el que lo digo: los demás lo piensan.

ANG. Eres injusto. .

MAUR. Dispensa que no sepa morirme... es la primera vez y me espanto.

ANG (Llorando.) Tú no estás en ese trance...

MAUR No te aflijas... y no llores para decirme que estoy bueno. Voy á creer que tus lágrimas son mucho más sinceras que tus palabras.

ANG. No, no. El Doctor me dijo. . ¡pregúntaselo!... que no hay temor ninguno inmediato, ni de un año, ni de dos, ni de diez...

MAUR. El Doctor es muy cruel... pero si acierta, alguien habrá que es más cruel todavía. ¡No es piadoso conservarme este cuerpo destrozado!...

ANG. Te mejorarás seguramente...

MAUR. (Pausa, resuelto.) Hablemos de lo que tú querías... ¿qué quieres, tía Angeles?

ANG. No sé cómo empezar... (Sonriendo.)

MAUR. Empezaré yo. Materialmente, no os estorbo: sois demasiado buenas para dejarme rodar por manos extrañas.

ANG. Ni pensarlo.

MAUR. Lo sabía. Gracias. ¿Pero mi presencia puede ser perjudicial...? al volver á Madrid... ahora, si os parece, puedo trasladarme perfectamente.

ANG. Eso trato de evitar.

MAUR. ¿Evitar que me marche...? ¿Qué es entonces lo que vas á decirme.. ?

ANG. Si te excitas, me callo. Prométeme...

MAUR. Lo prometo. ¡Habla!

ANG. Más que de ti, es de Antonina.

MAUR. ¡Antonina! (Al hacer un movimiento brusco, se tambalea y cae.)

ANG. ¿Lo ves...?

MAUR. (Levantándose, ayudado por Angeles) Si estoy fuerte, si estoy bueno... ¡Habla, háblame de ella!

ANG. Ven, siéntate...

MAUR. Lo que tú mandes. ¿Qué me dices de ella? (Se sienta)

ANG. Antonina te quiere.

MAUR. Más alto, más cerca... ¡repítelo, tía Angeles!

ANG. Te quiere. No sé si es amor ó piedad... Tú la quieres también.

MAUR. ¡Yo sí! Con el alma, con el alma entera. Y adorándola tanto, nunca, jamás, ¿lo oyes bien...? jamás le he dicho una palabra de amor.

ANG. Sería disculpable...

MAUR. No, no, sería malvado. Yo no pude decirlo lealmente, pero viniendo de vosotras la divina palabra, mi corazón se regocija y se encariña de nuevo con la vida... ¡Voz del cielo, qué clara llegas á mi oído.. !

ANG. No me entiendes, Mauricio. Eso es lo que no puede ser.

MAUR. Voz que no eras del cielo, ¿de dónde eras.. ?

ANG. Sin hablaros, hay entre vosotros un lazo moral que ella no rompe por caridad, tú por delicadeza, y que yo necesito desligar por conciencia. Antonina no puede ser tu mujer.

MAUR. Soy yo el que no puede soñar en ello.

ANG. Si lo reconoces, convendrás en que es una crueldad prolongar este silencio.

MAUR. Y otra crueldad decirlo. Pero es necesario, lo reconozco. ¿Qué exiges de mí?

ANG. Que desengañes á Antonina, que procures convencerla de que no sientes por ella sino un afecto de hermano.

MAUR. Se lo diré...

ANG. Y una vez convencida respecto de tí, es natural que la inclines á continuar su rumbo...

MAUR. Tía Angeles...

ANG. Y su destino de mujer...

MAUR. ¡Casándose! ¿Con Sandoval? ¿Con Cristóbal?

ANG. Con quien sea...

MAUR. ¡Tía Angeles! ¡Qué mal puesto lleva usted el nombre!... Si los ángeles son así, en el infierno debe reinar la misericordia...

ANG. Perdóname; esto era inevitable. Antonina debe casarse... mañana muero yo y no puede quedar sola contigo en el mundo.

MAUR. Cierto... Dígale usted á Antonina que venga.

ANG. ¿Estás dispuesto?

MAUR. Los que se suicidan, también lo están.

ANG. Perdóname, Mauricio. Era forzoso... y sólo oyendo de tí el consejo, se desengañará...

MAUR. De mí... de mí lo oirá... Dígala usted que venga... Torpe... torpe... ¡miserable de mí!...

ANG. ¡Cállate... que viene Antonina! (Viéndola por la ventana.)

MAUR. Hasta para decir la verdad tenemos que empezar mintiendo. «Cállate, que viene Antonina... y tu pensamiento no es ese, es lo contrario.» Habla, habla claro, pronto... rompe con una mentira este nudo de verdad, de amor...

ANG. Mauricio...

MAUR. Pero en el amor también vive la mentira. Es un afecto del alma, y no basta el alma.

ANG. ¡Sí basta!

MAUR. ¡No! Para decirle á una mujer: «¡te quiero con toda mi alma!» es preciso decirle antes: pero conste que aquí está mi cuerpo, sano y fuerte.. En la tierra, aun para las cosas del alma, hace falta el cuerpo.

ANG. Eso es de un descreído.
MAUR. O de un enfermo. Tengo mucho tiempo á solas conmigo y el que piensa está muy cerca de dudar...
ANG. Cállate...
MAUR. Te lo juro. Hablaré, tía Angeles, hablaré... (Pausa.)

ESCENA V

DICHOS. ANTONINA con otro gran puñado de ramos y flores

ANT. Hace un calor de bochorno: está próxima la tormenta.
MAUR. Mejor.
ANT. ¿Te complacen truenos, rayos y diluvios?
MAUR. No me complacen, pero si han de venir, cuanto antes. ¿No es así, tía Angeles? Lo inevitable no tiene más que una fórmula: la de llegar.
ANG. Y luego un consuelo.
ANT. El de que haya pasado.
MAUR. Antes, es una amenaza para todos; después, se quejan los que salen heridos y los demás respiran. Esto se parece á egoismo, pero si no fuésemos egoistas, ¿qué seríamos?
ANG. Dioses.
ANT. Imposible. No hay más que uno.
ANG. Misericordioso.
MAUR. ¡Qué lástima!... A la misericordia no se llega sino por el sufrimiento. Pero la existencia es una lucha y el que no combate lleva en sí mismo apariencias de muerte. Un sólo poder no es nada: un cuerpo sin alma, como en los locos, ó un alma sin cuerpo, como en los enfermos, ¿que son más que despojos miserables, ramas tronchadas que se obstinan en reverdecer sin tronco ni savia?... La tierra necesita terremotos, la montaña volcanes, el árbol vientos... el mar tempestades...
ANT. (Colocada detrás de Mauricio y dejando caer flores y hojas sobre él.) Cascarrabias, gruñón, mal ge-

nio... ¿para qué necesitan el viento mis rosales?

MAU. El viento ya eres tú, que les arrancas las rosas...

ANT. Y un enfermito que lo cuidan y lo miman, ¿no puede pensar más que en destrozos?

MAUR. Antonina... (Enternecido.)

ANG. (Algo severa.) ¡Antonina!...

ANT. ¿En nuestro cariño, no?

MAUR. Antonina...

ANT. (Marchándose) En castigo te quedarás sólo una semana sin que entremos á tu cuarto ni mamá ni yo.

MAUR. Será una penitencia enorme... pero no me quedaré solo. Como hay muchedumbre de hombres, hay muchedumbre de ideas; marchaos para castigarme; yo voy á abrir mi corazón á los pensamientos que me aguardan.

ANT. Lo merecías, pero no siempre se lleva cada cual su merecido.

ANG. ¿No saldremos?

ANT. ¿Con el día que hace?

ANG. Y si está despejado tampoco te satisface... Por tí viviríamos encerradas.

ANT. ¿Quieres más aire y más espacio que nuestra huerta para pasear?...

ANG. Nos quedaremos. Mandaré que desenganchen. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA VI

ANTONINA y MAURICIO

ANT. ¡Qué buena es!...

MAUR. Mirándote á tí, ¡qué buena es! Cuando mira algo que pueda lastimarte, ya no es tan buena la tía Angeles.

ANT. Pasión de madre.

MAUR. Y lógica de madre. Quizás se figure que el universo termina en tí y empieza en ella.

ANT. A sabiendas, mamá, no te mortificaría: ni á tí ni á nadie.

MAUR. Hasta hoy estuvimos de acuerdo siempre.
ANT. ¿Y hoy?
MAUR. Más que nunca.
ANT. Me alegro. No diré que á veces no exagere un poquillo, pero ha de ser tan difícil querer mucho á una persona y no dejarse arrebatar de celos, de sobresaltos pueriles...
MAUR. ¡Qué miedo me causan esas puerilidades del cariño!... La creación entera es obra de amor y del amor viene todo: de quererse, nace el pecado; de no quererse la indiferencia, y de haberse querido el odio.
ANT. ¿Y la piedad?
MAUR. De ahí también, todo de ahí. La piedad no es más que amor sin deseo.
ANT. ¿Dónde va aquella filosofía, aquel excepticismo? Señor filósofo, ¿creemos ya?
MAUR. Sufriendo, ¿quién no creerá en el dolor?
ANT. ¿Te persuadiste de que para vivir conviene algo más que salud y riqueza?
MAUR. No, Antonina, no: para vivir sobra con eso.
ANT. Porque no piensas más que en tí.
MAUR. (Asombrado.) ¿En mí?... ¿Y qué soy yo para detenerme á pensar en mí?
ANT. Un hombre poco dócil.
MAUR. ¿Poco dócil?... ¿Y cómo podría rebelarme?
ANT. ¿Estás dispuesto á ser obediente?... Pues escucha el programa: Primero, abodecer al médico; segundo, obedecer á mi madre... (Viendo la cara de angustia de Mauricio.) ¿Qué tienes?...
MAUR. Un dolor agudo. (Sonriendo.) Ya pasó...
ANT. Y tercero, obedecerme á mí, que soy tu guardiana. Y verás cómo te curas: por más que tú no debías tener prisa...
MAUR. No... es una felicidad inmensa verse tan desdichado.
ANT. Creérselo.
MAUR. Eso es más desdicha aún.
ANT. ¿Te cansaste ya de tus enfermeras?
MAUR. Pero no lo seréis constantemente. Es natural que el marido te aparte de mi lado...
ANT. Cuando llegue el marido.
MAUR. Llegará.

ANT. ¿Y yo te abandonaré?
MAUR. ¡Qué remedio!...
ANT. ¿De veras se te ha ocurrido que podría casarme?
MAUR. ¡Es tan lógico!...
ANT. Y si lo dijese alguien que no fueses tú mismo, ¿qué contestarías?
MAUR. En estas circunstancias se responde siempre igual: que sea enhorabuena.
ANT. ¿De corazón?
MAUR. Siendo un hombre de bien, y queriéndoos, que sea enhorabuena, Antonina.
ANT. (*Se aleja enojada.*) ¿No te importa verme casada con Cristóbal, por ejemplo?
MAUR. (*Arrebatándose.*) ¡Con Cristóbal, no! (*Calmado.*) Y ¿por qué no, si lo merece?
ANT. Y si estuvieras sano y bueno, ¿me dejarías casar?
MAUR. (*Con alma.*) ¿Yo?... (*Calmándose.*) Claro que sí, porque yo te quiero mucho, estoy agradecido y obligado á tus bondades, pero no te quiero, no, no te quiero de amor.
ANT. ¿No?
MAUR. La prueba es que jamás te dije una palabra.
ANT. ¿Y eso de qué es prueba? Palabras estás diciendo ahora y no las doy crédito.
MAUR. Haces mal.
ANT. ¿Y por qué suenan á mentira? Porque es mentira que tú no me quieras.
MAUR. ¡Eso sí lo es!... ¿Crees en el cariño de un amigo? Pues te quiero como un amigo.
ANT. No es eso.
MAUR. ¿Crees en la ternura de un padre? Pues te quiero como...
ANT. No es eso.
MAUR. ¿Crees en el amor de Dios? Pues como querrá Dios á un ángel te quiero, Antonina.
ANT. No es eso: es demasiado, y no es eso aún.
MAUR. Lo es.
ANT. Mientes.
MAUR. No.
ANT. ¡Mientes, te digo!
MAUR. ¡No!
ANT. ¡Júralo!

MAUR. ¡Por mi vida!

ANT. ¿Ves cómo mientes? Si no quisieras te dejarías querer, pero como quieres, se abre tu corazón á la piedad, te da pena lo que calculas que es un sacrificio en mí, y lo rechazas.

MAUR. ¡Antonina!

ANT. Sí, rechazas á Antonina. ¿De qué me serviría quererte mucho si no te adivinase un poco?

MAUR. Ven, ven á mi lado y hablemos seriamente.

ANT. ¿Para qué más cerca?

MAUR. Ven. No tengo una intención que pudiera ofenderte, ni un cuerpo que pudiera servir mis intenciones... Ven..

ANT. (Sentándose á sus pies.) ¿Por qué no eres sincero?...

MAUR. (Acariciándola suavemente.) ¿Por qué eres tú tan terca? Escúchame: este cariño tuyo es una delicia inefable en mí... pero ya fué, ya llegó á lo hondo. Ahora vuelve á tí; yo no lo acepto.

ANT. ¿No lo aceptas?

MAUR. No puedo corresponderte de ese modo; yo no te quiero así...

ANT. ¿No me quieres?

MAUR. Es poco galante decirlo... ¡No te quiero, no, Antonina, no te quiero, no te quiero!

ANT. Y para decirme una verdad tan indiferente y tan fría, ¿por qué me hablas con tanta ansia?

MAUR. (Espantado.) ¡Antonina!

ANT. ¿Por qué me oprimes las manos con tanta fuerza?

MAUR. (Soltándoselas.) Me aflige esta equivocación de tu vida... Es preciso que vayas disipando esas nieblas. No sabes lo que sientes: es compasión...

ANT. Antes te quise igual.

MAUR. Hay que borrar este error.

ANT. ¿Y los tuyos?

MAUR. No puedo: mis errores son mis castigos... Debes casarte con quien sepa hacerte dichosa...

ANT. ¿Y tú me lo aconsejas?

MAUR. Yo, tu mejor amigo. (Profético.) Yo no renie-

go de mi pasado: lo agrando, lo completo... Para vivir basta con la salud; tal vez sobre hasta la riqueza... Para morir, sí; es necesario cariño, familia, hogar... (Baja los ojos y vé á Antonina llorando silenciosomente, apoyada en el brazo del sillón. Quiere besarla, lo intenta, pero al fin resiste la tentación. Cuando se calma.) Antonina, estás convencida?

ANT. No, pero, ¿qué más da? Procuraré convencerme. (Levantándose.) No me avergüenza mi confesión... callé cuando estabas sano y hablo hoy que la delicadeza puede cerrar tu boca y llevarte á mentir.

MAUR. (Riendo.) Mentir...

ANT. Ríete...

MAUR. Es tan chistosa... tan chistosa la ocurrencia de una pasión en mí...

ANT. Adiós, Mauricio... Cuando te ríes no tengo reparo en dejarte solo.

MAUR. Pues aprovecha que ahora, solo, he de seguir riéndome á carcajadas. ¡De mí! ¡de mí!

ANT. Adiós. (Marchándose.)

MAUR. (Cesando de golpe, bruscamente, de reir.) ¿Quedamos en que no se habla más de esto?

ANT. ¿Porque tú no me quieres?

MAUR. No.

ANT. Quedamos en eso .. y quedamos también en que yo no me casaré.

MAUR. ¡Antonina!

ANT. Tu voluntad es no quererme: la mía es no casarme.

MAUR. ¿Por qué?

ANT. Porque tengo la evidencia de que pretendes engañarme.

MAUR. No...

ANT. Porque estoy segura de que mientes...

MAUR. ¡No!

ANT. ¡Segura de que te quiero!

MAUR. ¡¡No!!

ANT. (Volviendo á él.) Segura de que me quieres tú ..

MAUR. ¡No! ¡No!

ANT. Sé que te martirizas, que sufres, para evitarme el sacrificio...

MAUR. Apártate... apártate...

ANT. ¡Sé que me quieres!

MAUR. ¡No, mentira!

ANT. Sin amor no se vive. ¡Dime á quien quieres tú si no me quieres á mí!

MAUR. ¡Apártate!

ANT. ¡Dímelo! (Echándose en sus brazos.) ¿Es á mí, verdad?

MAUR. (Abrazándola.) ¡A tí, sí!... (Extendiendo los brazos.) ¡Dios del dolor, Dios de la muerte, perdóname que estreche en mis brazos á la vida! (Volviendo á abrazarla.) ¡Es á tí, á tí!... ¡Tú eres lo único mío!

ANT. ¡Yo soy tu amor!...

MAUR. ¡Por eso eres verdad! (Quedan abrazados.)

ESCENA VII

DICHOS y el DOCTOR por la derecha

ANT. (Separándose.) Vienen... El Doctor...

MAUR. No lo necesito. Ya estás tú.

DOC. (Entrando.) ¿Cómo vamos?

ANT. Bien.

MAUR. Bien, ya.

DOC. ¿Milagro tenemos?

ANT. Usted los niega.

DOC. Razón de más para que me convenga presenciar alguno. Lo importante es que mi receta haya surtido buen efecto.

MAUR. Aun no la he tomado.

DOC. Eso no implica nada. Yo receté para calmar tus nervios... ¿se calmaron? pues tomar ó no la medicina es un accidente secundario.

MAUR. Doctor, Doctorcito: es menester que me cure usted por completo.

DOC. A ello.

MAUR. Impóngame usted un plan muy rígido, muy severo, para sanar antes.

DOC. Todos mis planes son para sanar después.

ANT. ¿Y lo curará usted?

DOC. ¿Quién lo duda? Se curará él, pero dirá que he sido yo.

MAUR. Es usted tan sabio...

ANT. Y tan bueno...

DOC. ¿Qué demonio tendré hoy para ser tan bueno...?

ANT. Que hablamos de usted como si usted no estuviese oyéndolo.

DOC. Muchas gracias.

MAUR. ¿Qué tardaré, Doctor?... ¿Días?

DOC. Días...

MAUR. ¿Meses? ¿Un año?

DOC. Aproximadamente.

ANT. (Por el otro lado del sillón de Mauricio.) En dos años, bien del todo. (El Doctor á espaldas de Mauricio, hace señas de que no.)

MAUR. Dos años... es largo aún...

ANT. Pongamos tres, para que no le quede ni recuerdo de la enfermedad. (El Doctor á espaldas que no.)

MAUR. Soy joven, no le temo al tiempo, y con la certeza de curarme irán más rápidas las horas. (Mientras habla Mauricio, Antonina se acerca al Doctor, por detrás del sillón, y le pregunta en voz baja, casi por gestos.)

ANT. ¿Cinco? ¿seis?

DOC. ¡Nunca! (En voz baja.)

ANT. ¡Nunca! (Idem. Se echa á llorar silenciosamente y hace mutis por izquierda. Pausa hasta el mutis.)

MAUR. Antonina...

DOC. La ha llamado su madre.

ESCENA VIII

MAURICIO y DOCTOR

MAUR. (Levantándose.) Parece increible, Doctorcito, cómo se balancea uno entre esperanzas y temores.

DOC. Quieto, quieto.

MAUR. Si estoy muy bien y muy fuerte... Hace un momento hubiera sido favor quitarme la vida, y ahora, por ver y oir, nada, soy tan feliz, tanto...

DOC. ¿Y eso?

MAUR. ¡Antonina me quiere..! ¿Se explica usted ya toda mi alegría?
DOC. No, no me la explico.
MAUR. ¿Pero usted no oyó que Antonina me quiere...? ¿que me quiere...? ¿No lo ha oído usted todavía?
DOC. Sí.
MAUR. ¿Y no comprende usted mi ventura, mi suerte inmensa...?
DOC. No.
MAUR. ¡Doctor...!
DOC. Tú no puedes pensar en casarte.
MAUR. (Espantado.) ¿No...?
DOC. No. Siéntate, siéntate...
MAUR. (Sentado: cogiéndole.) Doctor... Doctor no, amigo. ¡Yo necesito mi cuerpo, mi salud...!
DOC. Ya lo tendrás.
MAUR. Porque me quieren. ¿No le he dicho á usted que Antonina me quiere...?
DOC. Pero tú á ella no.
MAUR. ¡Blasfemia!
DOC. Queriéndola, no cometerías la mala acción de haberlo dicho.
MAUR. ¿Es una infamia quererse...? ¡Ay...! ¡Seres que pasais la vida adorando, qué infames sois!
DOC. Si estuvieras ya casado, hoy le diría á tu mujer: á sufrir, á tener paciencia, á cuidarle... ¿pero casarte hoy...?
MAUR. ¿No...?
DOC. No.
MAUR. ¿Será posible que yo no lo inspire lástima ninguna?
DOC. Sí, me das lástima, Mauricio, pero millares de veces más me la da Antonina.
MAUR. ¡Qué porvenir tan horrendo el mío...!
DOC. ¿Y el de ella...?
MAUR. Este martirio mío ¿no vale una compasión?
DOC. Una compasión, sí: una víctima, no.
MAUR. ¿Y lo sería...? ¡No, Doctor, no!
DOC. Sí, Mauricio, sí.
MAUR. ¿Y cuando yo me cure?...
DOC. Ni aun entonces consentiría yo ese matrimonio.

MAUR. ¿Y por qué tanto rencor contra Antonina y contra mí?...

DOC. No es contra tí, ni siquiera á favor de ella. Es por lo futuro, por la augusta piedad de evitar dolores y martirios á los que han de sufrir sin culpa en lo porvenir... El que lleva sangre viciada al matrimonio no engendra hijos si no enfermedades: no es un padre si no un virus, y contra eso la humanidad protesta, mientras llega la hora de que las leyes lo impidan.

MAUR. No es el cariño la ley de unión de los seres, es el perfecionamiento de la especie, de la raza... y el hombre, el pobre hombre, que muera de pena y de rabia mientras la humanidad se perfecciona.

DOC. Eso debía ser inexorable... Por desgracia en la práctica somos más caritativos ó más débiles... Anda, vamos á curarte.

MAUR. ¿Seguir curándome... para no curarme?... ¿Esa es la verdad?... ¡Tenga usted valor para decirlo!

DOC. Lo primero que hace falta es tu propia voluntad y que renuncies á esas locuras amorosas.

MAUR. (Resuelto.) ¡Renunciaré, Doctor!

DOC. Y yo te prometo una vida sin dolor ni sufrimientos...

MAUR. ¿Y usted cree que eso es vivir?

DOC. A veces, sí...

MAUR. ¡Y á veces, no!

DOC. Esa es cuenta tuya.

MAUR. Ya lo sé: y en mi cuenta lo pongo.

DOC. Mi promesa, contando con tu obediencia, es de proporcionarte alivio...

MAUR. Basta, basta. Me resigno.

DOC. Pues á curarte. ¿El cianuro?... (Mauricio señala á derecha.) ¿No has pedido el agua hervida para la inyección?... Estate quieto: yo mismo la pediré... (Mutis Doctor por izquierda.)

ESCENA IX

MAURICIO

¡Es cierto! En el que sufre, no hay derecho para detener la vida de una persona joven y sana. Las horas que roba el enfermo á los que le cuidan, impidiéndoles vivir dichosos, ha de ser otro dolor más, sumados á los dolores de lo incurable.—¿Que tengo mal corazón?... Cómo se engañan los hombres cuando juzgan á los otros hombres... y cómo se engañarán cuando quieran juzgar lo que está para todos tan alto, lo eterno, lo misterioso...—¿Que no adoro á Antonina?... (Riendo.) ¿Que viviré muchos años?... (Cesa de reir: se levanta, va á derecha y coge el frasco de una mesa, con varios frascos más.) ¡Cianuro de oro!... ¿Serás tú leal?... ¿Vendrás tú á mí tan de prisa como te llamo?... ¡Ven, muerte, que te invoco!... ¡Ven!... (Bebe de un solo trago y deja caer el frasco.) Misterio insondable de la vida... ¿dónde estás?... (Mira al cielo y luego á la tierra.) ¿Dónde estás?... (Vuelve á su sitio tambaleándose: de pronto da un pequeño grito y se endereza rápido, llevándose las manos al estómago: se calma, sonríe desdeñoso y sigue á su sillón.)

ESCENA X

MAURICIO; ANTONINA por la izquierda

ANT. (Contenta.) Ya lo saben. No les hagas caso ninguno aunque te riñan un poco. Los venceremos y no lograrán separarnos.

MAUR. Lo van á lograr, sí.

ANT. ¡No!

MAUR. Sí... (Dulcemente.) Pero no separarnos con enojos y rencores, sino diciéndonos la única palabra que tiene sentido en esta vida: amor... Y la única que significa algo des-

pués de la muerte: perdón... Y aun *perdón* suena todavía como si volvieses á decir *amor*...

ANT. ¿Separarnos?... ¿A dónde vas á ir?...

MAUR. No lo sé: si lo supiera no tendría esta angustia y este horror á lo desconocido.

ANT. Inténtalo, á ver cómo lo consigues: todos contra tí.

MAUR. Contra mí sois muchos, pero no sois nadie contra lo que llevo en mí.

ANT. ¿Qué dices?... (Espantada ante un gesto.) ¿Qué tienes?...

MAUR. ¡Dí que me quieres de amor, Antonina!

ANT. ¡Sí te quiero, te quiero de amor!

MAUR. ¡De amor; gracias por la divina palabra! ¡Con esta verdad que encontré en la vida ya voy menos intranquilo á buscar la verdad que hay en la muerte. ¡Ah!

ANT. ¡Mauricio!...

MAUR. Dí que me quieres...

ANT. Te quiero...

MAUR. Dilo, dilo...

ANT. ¡Te quiero!

MAUR. ¡Más, más!...

ANT. ¡Mauricio!

MAUR. Dilo, dilo!...

ANT. (Gritando.) ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Madre! ¡Doctor!

MAUR. ¡Dilo... dilo por Dios!...

ANT. ¡Te quiero, te quiero!...

MAUR. ¡Perdón!

ANT. ¡Te quiero, te quiero!...

MAUR. ¡Amor! .. (Se desploma.)

ANT. ¡Madre! ¡Madre!...

ESCENA XI

DICHOS; DOCTOR por la izquierda; luego ÁNGELES por izquierda

DOC. ¿Qué es?...

ANT. No sé...!

DOC. (Tropieza con el frasco: lo recoge.) ¡Cianuro de oro! .. ¡Mauricio!

MAUR. Dilo...

ANT. ¡¡Te quiero, te quiero, te quiero!!...

MAUR. (Secamente: muriendo.) Dilo...

ANT. (Con un grito.) ¡Mauricio!

ANG. ¡Mauricio! .. ¡Mauricio!...

DOC. (Dejando á Mauricio.) ¡Silencio!

ANT. (Espantada: alzándose y cogiendo al Doctor.) Doctor... ¿esto es ya la muerte?...

DOC. Por lo menos ya no es la vida...

ANT. (Arrodillándose y cogiéndole) ¡Mauricio! ¡Mauricio! ¡Mauricio!

TELON

Nota. Aunque el nombre de ataxia está científicamente desechado porque la ataxia locomotriz progresiva no es señal constante de la tabes, se usa aquí por ser precisamente el nombre más conocido y el signo externo más visible para el público.

Otra. Los síntomas de intoxicación por los cianuros, son: dolor quemante é interno en el estómago, espuma en la boca, pérdida de fuerzas, respiración cada vez más trabajosa, interrumpida por suspiros profundos y Erismus, ó sea imposibilidad de abrir la boca por no lograr separar las mandíbulas. Sopor y rápidamente la muerte.

(Estudios y observaciones médicas del eminente doctor don Ramón Ezquerra.)

Obras del mismo autor

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Por que sí.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia. (Segunda edición.)

La cizaña.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara.

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Segunda edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara. (Segunda edición.)

Santos e Meigas *(Idilio campesino).*

Zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los mestros Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

[illegible]

Precio: DOS pesetas